

DIANA DE BREA

La
MENTIRA
que te traje a
MÍ



La mentira que te trajo a mí
Diana de Brea

@DianadeBrea 2023

Maquetación: Paola C. Alvarez Servicios Editoriales <https://paolacalvarez.com/>

Cubierta: Adela Aragón https://www.instagram.com/adela_argn_art/

Impreso por Amazon

Registrado en CEDRO

Todos los derechos reservados, solo pertenecen a la autora.

Los hechos, lugares y personajes aquí relatados son ficticios en su totalidad y cualquier semejanza se debe a la más pura casualidad.

No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su incorporación a ningún archivo digital ni plataforma de venta sin el consentimiento escrito de su autora. Cualquier infracción de los derechos de autor y propiedad serán constitutivos de delito (art. 270 y siguientes del Código Penal).

*Nada nos engaña tanto
como nuestro propio juicio.*
Leonardo da Vinci

*La mentira gana bazas,
pero la verdad gana el juego.*
Sócrates

1

NELA

Siento cómo se aproxima a mí mientras estoy medio dormida en el sofá. La sombra de su cuerpo me cubre antes que él, que se mantiene con los brazos a los lados de mi torso, inclina la cabeza y me besa en el cuello. Lanzo un gruñido al tiempo que se me eriza la piel. Sigue besándome en el hueco de la garganta y por el escote que mi camiseta de tirantes deja disponible para sus labios. Cada roce me enciende más provocando que una leve sonrisa se dibuje en mi boca revelándole que no estoy dormida. Mi cuerpo reacciona solícito, a la espera de que materialice su deseo comiéndome la boca y de que su mano traspase los límites de mi pantalón corto y se introduzca hasta palpar mi humedad.

—¡Nela! ¡Nela! ¿Estás despierta?

«Mierda», pienso cuando mi mano está casi casi dentro de mis pantalones. Por poco no me pilla.

—Nela, ¿qué haces? ¿Dormías? Llevo un rato llamándote.

—Medio dormía —contesto a Ed, mi marido, incorporándome en el sofá para dejar que se siente a mi lado. Al verlo pienso que ojalá hubiera llegado, como en mi sueño, y se hubiera tumbado sobre mí para besarme.

Pero él no es así, apenas me toca. Somos la pareja ideal, nadie duda de ello porque nos llevamos muy bien, discutimos poco (en público nunca) y hacemos muchos planes juntos porque nos gustan las mismas cosas, pero falla algo. El sexo, en mi opinión. Apenas nos tocamos. Al principio de nuestra relación vivimos la pasión propia de las primeras veces, nos buscábamos y reíamos mucho con juegos que nos llevaban a hacerlo en cualquier parte de la casa. Esa llama se apagó hace meses. Ed no es muy sexual que digamos. Más de una vez lo he buscado bajo las sábanas y me ha rechazado con la excusa del cansancio. O eso me decía. Así que dejé de insinuarme. Para él, dormir es prioritario, y llegar al trabajo descansado es una exigencia que, en mi opinión, le oprime más que lo relaja, pues se obliga a ello y eso hace que le cueste más. Sí, un poco enrevesado.

La cuestión es que nos queremos mucho, a pesar de todo, y no tenemos intención de separarnos porque estamos muy bien así. A él le basta con que mantengamos relaciones esporádicas, pero a mí no. Como paso de buscar fuera lo que no tengo en casa y tener problemas de pareja, porque quiero envejecer a su lado, me busco la vida sola. Lo curioso de todo esto es que la imagen que se forma en mi cabeza cuando tengo (o provoco) sueños eróticos no es la de Ed. ¿Se puede ser infiel de pensamiento?

Para mi desgracia es con la imagen de mi primer novio con quien me motivo. Y me da rabia porque lo odio. Mucho. Y más desde que todas las jovencitas, y no tan jóvenes, beben los vientos por él. Si llego a saber que se iba a convertir en el actor de moda, quizá no lo hubiera soltado, a pesar de todo. Chris Jordan (antes Fran Jordá), el guapísimo actor de series y películas taquilleras, ese cuerpazo por el que tantas mujeres salivan, fue mi primer novio cuando era un *tirillas* sin esos músculos que ahora luce.

Evito verlo en pantalla, pero es inevitable porque está por todas partes. Es matemático: en cuanto lo veo, tengo un sueño erótico con él. Bueno, yo y, me atrevería a decir, muchas mujeres, y supongo que algunos hombres también, cuando lo ven. Porque, la verdad, está como un queso.

Y no solo por su cuerpo; tiene una sonrisa cautivadora y una mirada felina que me atraviesa aunque haya una pantalla por medio.

2

CHRIS

—Cada vez habrá más habladurías, Chris —se queja mi representante y mejor amigo—. Si nunca te muestras con una pareja formal, se la inventan. Esto es así.

—No voy a transigir, Toni. De mi vida privada no se habla. Punto.

—A lo mejor es que con lo bueno que estás, no te comes un rosco. ¿Te abro un Tinder? —dice la repelente de Sam, como siempre mascando chicle, a quien no sé por qué Toni le ha encargado que lleve mis redes sociales. Bueno, sí sé por qué: dice que es la mejor.

—Habló la que tiene cola de tías para elegir —contesto sacándole la lengua.

Si Samantha fuera hetero ya me la habría tirado, seguro, pero a la señorita le van las mujeres. Ese es el segundo motivo por el que Toni la contrató: no tenía ninguna intención de ligar conmigo.

A veces ser demasiado guapo es una maldición.

—En serio, Adonis, si vuelve a haber una crisis como la que te montó Laura Connor, me será muy difícil desmontarla. Si no controlas dónde metes la polla, sobre todo cuando son tus parejas de trabajo, no vengas a que te solucione la vida —añade Sam.

—Laurita es una bocazas. Ya te dije que no pasó nada. Es celosa y vengativa.

—Chris, tienes que centrarte. No te vendría nada mal una pareja estable para después de la promoción de la película, cuando hayas cumplido con las condiciones del contrato. Una de verdad me refiero. Aunque sea unos meses —me aconseja Toni—. Además, por mucho que tú no subas nada a redes y las tengamos a raya, no puedes estar seguro de lo que publiquen los demás, tanto las tías con las que te lías como gente que os vea y os haga una foto. Nada que no sepas ya.

—Lo mejor será que me mantenga como un monje cuando finalice el montaje de la productora, ¿es lo que queréis? Porque lo de echarme novia formal va a ser que no.

—¿Ni seguir con una de mentira? Más de una querría hacer realidad la farsa que te montan las productoras.

Suelto una carcajada ante la ocurrencia de Sam.

—Ni de mentira. Para eso ya tengo las de las películas y las que me colocáis durante las *promos*. Bueno —digo apoyándome en los brazos de la butaca del despacho de Toni en el piso treinta de una de las torres más altas de Madrid—, os dejo trabajar. Seré discreto. Os lo prometo.

—Sí, tú sí, veremos las demás.

—Nos vemos en la audición de mañana, Toni. Que tengáis una feliz tarde.

Me levanto y me pongo la gorra, las gafas de sol y una camisa amplia para disimular mi cuerpo, antes de salir del despacho. Por suerte, Toni tiene un ascensor privado para sus clientes famosos que me lleva directo al garaje del edificio.

Las puertas se abren justo delante de mi McLaren 720S naranja, pulso el mando para que se abra la puerta pero no entro, porque mi iPhone empieza a vibrar. Es Toni, «¡pero si lo acabo de ver!», pienso.

—¿Qué mosca te ha picado? ¿Me he dejado algo? ¿O es que ya me echas de menos, *cariñito*? —pregunto con poca cortesía. El pobre hombre tiene el cielo ganado conmigo, pero a mí me gusta este pique infantil que nos llevamos. Parecemos hermanos con estas tonterías. Sabe que es lo más parecido que tengo a una familia en Madrid y me lo tolera todo.

—Crisis —dice, escueto.

Me paro en seco con el teléfono pegado a la oreja.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Si antes hablamos del tema...—resopla—. Han publicado una foto tuya con *tu novia* — recalca las dos últimas palabras.

—¿Novia? Se lo habrán inventado, como siempre. Es trabajo para Sam. Me largo...

—No, tienes que contárnoslo. Debes informar a Sam para que pueda ayudarte. Son varias fotos tuyas de hace años y alguna actual. Te las estoy enviando. ¿Subes y lo hablamos?

Me quito el teléfono de la oreja para poder mirar la pantalla y abro los archivos que me envía Toni. Son revistas y capturas de imágenes de redes sociales. Parece que se han puesto de acuerdo para publicarlas a la vez en todas partes. ¿Qué más les dará mi vida privada? Es algo que nunca lograré entender.

Me quedo de piedra al ver a la persona que sale junto a mí al ampliar la imagen. Alguien sobre la que me he preguntado muchas veces qué habría sido de ella, a quien busco entre el público de las *premieres* de mis películas y sigue viviendo en lo más recóndito de mis recuerdos guardados: Manuela Murray, la preciosa pelirroja de padre escocés y madre española, compañera de clase en el instituto y la imagen de mis sueños eróticos. ¿Cómo han llegado esas fotos a quién sea que las ha difundido? Porque estoy seguro de que ella no ha sido. No la veo capaz de algo así.

Mientras subo en el ascensor al despacho de Toni, busco a Nela en Internet y no encuentro nada. Siempre ha sido discreta, así que me quedo sin saber qué aspecto tiene quince años después de la última vez que la vi tras el viaje de fin de curso cuando me mandó a la mierda. Solo en algunas composiciones de las que me manda Toni parece que es ella de adulta pero la foto se pixela al ampliarla y no puedo verla bien.

¿De qué va esto?

3

NELA

—¿Pero quién ha colgado esas fotos? —pregunto roja de ira y de vergüenza.

—No lo sé, dímelo tú —contesta Ed—. Si no es por mis alumnas, que están locas por este tío, ni me entero.

—Yo no sé nada de esto, Eduardo. Será algún compañero del instituto. Porque dudo mucho que haya sido él.

—Claro, ¿qué interés puede tener el famoso Chris Jordan en ti, nena? —me dice con un retintín que me molesta—. Ni que la actriz famosa fueras tú.

—Te repito que no tengo ni idea. Hace como quince años que no lo he visto. En persona, me refiero.

—A ver —me dice acercándose más a mí en el sofá—, ya me dijiste que lo conocías pero por estas fotos, parece que hubiera algo más, ¿no?

—Pueden estar trucadas —contesto levantando el móvil para ver mejor la foto que amplió con los dedos. Siento que me acaloro al recordar esos momentos con él más los que mi mente ha inventado todos estos años.

—¿Con qué cara salgo yo ahora a la calle? ¿Me lo puedes decir?

—Con la de siempre —digo elevando la voz. Ya me está cabreando, ¿desde cuando desconfía de mí? Si somos la pareja ideal...—. Yo no he hecho nada y si ha sido alguien externo a Fran, digo, a Chris, ellos se encargarán de desmentirlo. Fin de la conversación.

—Gatita, perdona. Es que estoy flipando, en serio. Y no puedo dejar que afecte a mi trabajo en el instituto. Por cierto, ¿qué vas a hacer la semana que viene mientras estoy en el viaje de fin de curso? ¿Ya lo has decidido?

—Sí. Me voy a ir al apartamento de la playa. Necesito salir de Madrid y allí trabajaré más tranquila. Tengo dos webs que entregar, ¿recuerdas que te lo comenté?

—Claro. Lo recuerdo. Creo que es buena idea, así no te dejas ver por Madrid. A ver si a la vuelta se ha solucionado esto de tus imágenes por Internet. Con el cuidado que llevas tú con la seguridad y la privacidad. Esto es muy extraño.

—Y tanto. Ya sabes que la seguridad informática es lo mío, aunque me dedique más a montar páginas web.

—Oye, gatita, ¿siendo informática como eres, no puedes eliminar tú esas fotos?

—Eh, que no soy una *hacker* —exclamo—. Si supiera, lo haría. No te quepa duda.

—Tal vez alguno de tus compañeros de la carrera...

—¡Ed! ¿Pero por qué te preocupa tanto? Es mejor tomarlo a risa. Vamos a cenar, venga.

—Lo raro es que no te preocupe a ti, Nela.

En eso se equivoca, pero no digo nada. Me levanto para ir a la cocina que está separada del salón por una isla con taburetes altos en la que solemos comer. Nuestro piso para dos no es muy grande y por eso ampliamos el espacio tirando algunos tabiques.

—¿Tienes todo listo para el viaje? —pregunto para cambiar de tema porque ya sé la respuesta. Nos conocemos tanto que la sorpresa sería que le quedara algo por preparar. Eduardo es un profesor de matemáticas muy meticuloso, un poco TOC más bien, que no deja nada al azar.

—Solo me faltas tú. Me encantaría que vinieras —me dice dándome un beso en el cuello,

junto a la oreja, y me hace pensar que tal vez esta noche sí tenga mi dosis de sexo matrimonial. Sonrío para mis adentros.

—Sabes que tengo que entregar estos dos proyectos web ya y que me paguen antes de las vacaciones. Además, yo quiero ir a Grecia pero contigo a solas, sin tus alumnos.

—Algún día, gatita.

Seguimos de manera muy ordenada con nuestra parte del trabajo para hacer la cena, uno corta, otro cocina, uno pone unas cosas en la mesa, el otro las demás, uno recoge, otro llena el lavavajillas. Siempre el mismo ritual que llevamos a cabo mientras mantenemos una conversación de lo más familiar, práctica e intrascendente sobre nuestros planes para los siguientes días.

Y tal y como estaba previsto, esa noche hacemos el amor. Son vísperas de viajes y nos demostramos cuánto nos queremos. Somos tal para cual. Todo el mundo lo dice y yo estoy de acuerdo. Encajamos a la perfección como una operación matemática de las que tanto le gustan a mi Eduardo.

CHRIS

—¿En serio crees que me debo esconder? No he hecho nada grave ni creo que sea para tanto —pregunto a Toni que pretende que me oculte durante un mes en una playa no muy conocida. Cree que en un apartamento normal, en un edificio corriente, en una playa de clase media, pasaré desapercibido. Y más en pleno mes de junio en el que todavía no hay veraneantes. Lo que no entiendo es por qué debo ocultarme.

—A ver si lo entiendes, Chris, a punto de estrenar una película no queremos desviar la atención a tu posible noviazgo con esa, esa... como se llame. Sobre todo si ni siquiera es cierto. ¿Seguro que no habrá difundido ella esas fotos para darse fama? Cuidado que detrás de algo así, vienen luego a pedir dinero, que esto ya me lo sé.

—Toni —bufo por la insinuación; Nela no es así. O no lo era. Me separo de la ventana para ir a sentarme en la butaca que hay delante de la mesa de mi agente—. Hace quince años que no sé nada de ella, pero me extrañaría mucho; no le pega. Si en quince años no me ha enviado ni un saludo por redes sociales, esto no tiene sentido. Es una chica seria con principios firmes.

Por culpa de ellos me dejó, me recuerdo a mí mismo.

—¿Y no podemos averiguar si ha sido ella? ¿Tienes su teléfono? ¿Algo?

—Nada —respondo cambiando el cruzado de mis piernas. Me estoy hartando de esto.

—En cualquier caso, querido, es mejor que desaparezcas, que ningún periodista pueda localizarte, y aprovechas para estudiar el nuevo papel. Recuerda que en agosto rodamos y a final de julio empiezan los ensayos.

—En serio, Toni, me da mucha pereza estar un mes completamente aislado.

—Tranquilo que iré a verte. Pero, ojo, ni se te ocurra hacer una fiesta con otros actores que puedan delatarte. Cuando estrenemos en otoño te dejo hacer lo que quieras. Incluso casarte, como cree la gente que vas a hacer con esa chica misteriosa. La estrategia de la productora es muy estricta y si te saltas estos pequeños condicionantes, nos vamos a la ruina. Hemos apostado fuerte. Tu sacrificio es menor. Y, mientras, Sam estará trabajando para pulir tu reputación *online*.

—De acuerdo —le digo levantándome. Solo quiero salir de ese despacho. Me empiezo a agobiar—. Pero si me aburro como una ostra, volveré. No puedes tenerme encerrado contra mi voluntad.

—Ya hablaremos. Por cierto, no puedes ir en tu McLaren. Te hemos preparado un Nissan Qashqai. Mañana iré contigo hasta la playa en mi coche y me aseguraré de que te quedes bien instalado.

—Sí, papá —refunfuño pensando en mi bonito coche y tener que llevar ese otro. Supongo que cabré en él—. Oye, ¿y si fuera verdad? ¿Lo de la boda que se han inventado los medios? ¿Qué pasaría con la película y todo eso si me fuera a casar?

—Ni idea. Ese escenario no es real, así que no lo pienses. Lo cierto es que no es verdad.

—Solo puedo prometer que voy a intentar aprovechar este retiro forzado. Y que voy a estudiar. Creo que no me vendrá mal un descanso. Oye, ¿en ese sitio al que me llevas hay gimnasio y piscina?

—Sí, sí, he pensado en todo. Mañana te recojo a las ocho. Estate preparado. Y, Chris —me dice cuando ya estoy en la puerta—, pórtate bien.

—Siempre —le guiño un ojo y me voy pensativo a mi casa.

Desde que aparecieron esas fotos en los medios, ha habido como un ciclón en redes sociales y programas de cotilleo que han dado un vuelco a mi vida. Todo el mundo se pregunta quién es la pelirroja que me ha robado el corazón. Me han invitado a varios programas de televisión, a la radio, a podcasts, a directos en redes sociales... Un *sinvivir*. Toni tiene razón en que debo alejarme, porque mi casa parece una colmena rodeada de abejas en busca de miel. Por supuesto, yo soy la miel deseada y las abejas son los periodistas del corazón. Si no tengo tranquilidad será difícil preparar el próximo papel y quiero hacerlo bien. Por fin uno en el que no seré el galán guapo pero sin mucha cabeza, que se lleva a las chicas de calle. Llevo tiempo pidiendo algo más elaborado y con más profundidad. No puedo cagarla.

Mientras hago la maleta me pregunto qué habrá sido de ella. Debe ser de las pocas personas que tiene blindadas sus redes sociales y no sale su nombre exacto por ningún sitio y los parecidos son cuentas privadas. En alguna parte estará trabajando, supongo. O usa un nombre oculto para ello. A ver si va a ser escritora con seudónimo y nadie sabe quién es. Sonrío al imaginarlo.

No sé por qué al pensar en Nela se me caldea el corazón; ella hizo que no me costara nada ir al instituto, que odiaba. Era mi motivación para levantarme cada día de clase. Será morriña de mis tiempos felices en los que nadie me conocía. Me sentía bien con ella y reconozco que fue una pena acabar como lo hicimos. De chaval pensé que era el amor de mi vida. Pero está claro que me equivoqué. La cagué con una de las mejores personas que he conocido.

Me quedo mirando todo lo que hay sobre la cama: ropa de verano, bañadores, crema solar y útiles de aseo, condones, ropa cómoda y algo más arreglado por si me dejan salir del encierro. Añado mi lector de libros digital, la tablet y el portátil, además de un cuaderno con lo necesario para escribir. Me llevo un poco de todo, que no me falte nada de eso porque no sé si habrá un televisor moderno donde pueda acceder a mis plataformas de *streaming* para entretenerme con películas y series. Busco los cargadores de los dispositivos y, al hacerlo, veo mi querida consola de juegos virtuales. Sin pensarlo, la meto en la bolsa junto a un altavoz inalámbrico y unos auriculares con cancelación de ruido. Hago otro repaso pensando en que un mes son muchos días y no me quiero aburrir.

Ceno algo ligero y a dormir, que mi agente me va a hacer madrugar como en los peores días de rodaje.

5

NELA

He llegado al apartamento de la playa de La Caleta una semana antes de lo previsto, porque me entró mucho agobio. Sin comerlo ni beberlo de pronto tenía cientos de solicitudes de amistad en mis redes sociales, que no sé cómo han conocido pues las tengo privadas y sin mi nombre completo. Casi me da un patatús porque al no ver la tele, no lo relacioné con la aparición de las fotos falsas con Chris. Menos mal que mis cuentas profesionales no llevan mi nombre, porque como creadora de webs no me muestro nunca. Mi empresa *online* se llama www.hazmagiacontuweb.com y mis seguidores me llaman La Maga. Surgió de manera espontánea y así se ha quedado porque, la verdad, me va francamente bien.

A mi previsor Eduardo le dio miedo que me descubrieran ahora que todo el mundo cree que me voy a casar con Chris Jordan, menuda tontería. Estuvimos hablando si sería conveniente averiguar quién trabaja con él y contactarlo para que limpien mi rastro. No queremos mandarle un mensaje en redes ni nada por el estilo para que no exista ese contacto entre nosotros. Por cierto, que no se sabe nada de él desde que salió todo esto.

¿Quién habrá enviado esas fotos y con qué fin? Descarto que sea alguien muy cercano porque las que han publicado con mi imagen actual son borrosas y bastante malas. Aunque han dado mi nombre, no hay ni una foto en la que se me vea con claridad. Por suerte para mí.

En el apartamento será difícil que alguien me encuentre. Es de Eduardo, así que no figura mi nombre por ningún lado y es más complicado que me busquen aquí; o eso espero. Porque aunque le llame mi marido, no estamos casados y no hay ningún papel ni hipoteca que nos una. Además, la urbanización está casi vacía. En junio aún no han llegado las familias propietarias y de alquiler hay pocos, la mayoría extranjeros. Casi nadie tiene vacaciones este mes y los únicos que viven todo el año son dos parejas de jubilados, una familia que trabaja en el pueblo y el portero con su mujer.

He salido antes del mediodía para viajar con luz natural. Tras dejar las maletas en el piso, me voy a comprar al pueblo. Está todo como siempre, pero sin gente. Me encanta venir aquí en verano. Ed se decidió a comprarlo porque él tiene muchas vacaciones y yo trabajo en casa, ¿para qué pasarlo en la ciudad muertos de calor? Alargamos hasta tres meses si podemos, con idas y venidas de Ed si tiene reuniones en el instituto.

Subo la compra y coloco cada cosa en su sitio, preparo mi lugar de trabajo, la cama, etc. Cuando lo tengo todo listo, salgo a la terraza con una cerveza, picoteo que he comprado, un *sandwich* vegetal para cenar y fruta.

Y entonces, empieza lo mejor: la quietud observando el mar al fondo, mientras se esconde el sol.

En pleno verano no hay tanta serenidad, por eso Ed y yo viajamos en agosto. Y eso que compramos el ático de la esquina para tener menos ruido pues, aunque la urbanización es pequeña, a ciertas horas del día hay demasiado jaleo. El resto del año, da igual cuando vengamos, es una delicia. Hasta escucho los árboles moverse mientras el viento, cada vez más fresco conforme avanza la noche, me acaricia el rostro.

«Esto es una gozada. Ojalá estar contigo», escribo a mi chico que me contesta con una llamada.

—Vaya, has roto el silencio maravilloso del que gozaba —bromeo.

—Discúlpeme, señorita. Qué alegría demuestras por hablar con tu marido.

—Me encanta oírte, profesor —me río.

—¿Todo bien por ahí?

Mientras hablamos de lo que hemos hecho cada uno, voy recogiendo lo poco que he ensuciado y cierro el ventanal de la terraza. Me da un poco de miedo estar casi sola en el edificio, lo confieso, aunque ya he avisado al portero de que estoy aquí por si necesito algo de él.

Es increíble lo bien que se duerme en la playa, lejos del estrés de la gran ciudad. Son las ocho, buena hora para empezar a trabajar. En mi mente me hago el horario del día para que me dé tiempo a dar un paseo por la playa antes de comer. Aún no he salido de la cama cuando escucho ruidos que vienen del apartamento de al lado, «¿Ladrones?», piensa mi mente miedosa.

Me levanto con cautela y salgo a la terraza sin hacer ruido. Dos alfombras se mecen al viento colgadas en la barandilla. Me apoyo para asomarme sacando medio cuerpo y veo a Antonia, la mujer del portero que también es el jardinero y el manitas del edificio.

—Hola, buenos días.

—Oh, señora, ¿la hemos despertado? Discúlpeme usted. Hemos venido a limpiar porque mañana viene un inquilino.

«Maldita sea, se me acabó la serenidad. Espero que no sea una familia ruidosa», pienso.

—Bien, así estaré más acompañada —miento—. ¿Lo conoce usted? ¿Alguien que haya venido antes?

—No, señora. La agencia no nos dice quién es. Solo me han dicho que es alguien que viene a trabajar y estará encerrado casi todo el tiempo. Por eso hemos de limpiar a fondo porque no volveremos hasta que nos llamen.

—Me alegra oír eso, así podré trabajar yo también.

—Bueno, señora, me meto *pá* dentro a seguir que tenemos mucha faena.

—Hasta luego, señora Antonia.

No sé si esa noticia me alegra o me disgusta. A ver a quién meten ahí. Reconozco que tengo un poco de miedo y agradezco que Ed se empeñara en poner puerta de seguridad y alarma. Dormiré más tranquila.

6

CHRIS

No voy a quejarme del sitio porque es incluso mejor que los lugares de veraneo a los que me llevaban mis padres de pequeño. Mucho ha llovido desde entonces y muchos miles de euros han llegado a mis bolsillos gracias a las películas, las series y, sobre todo, la publicidad. Los últimos años he pasado las vacaciones en barcos de lujo, hoteles de más lujo aún y villas que a menudo me han dejado gratis. Aun así, no soy el típico tío que se vuelve imbécil por la fama y el dinero. Es un papel más que doy en redes porque en realidad soy un tipo sencillo y humilde. Mis mejores vacaciones, las de verdad que no salen en las revistas, son en el pueblo de mis abuelos rodeado de la familia, sobrinos gritones incluidos. Esa es la verdad y eso es lo que necesito para no dejar de tener los pies en el suelo.

Si de algo han estado muy pendientes mis padres es de que no perdiera la cabeza con esta profesión tan bonita como artificiosa en algunos aspectos como el no poder mantener una privacidad normal. Al menos en España.

—Y... *Voilà*, este es el apartamento —dice un sonriente Toni al abrir la puerta del 5B, un ático con vistas a la playa que no tiene mala pinta. Lo primero que veo es el enorme salón con una zona de estar y otra de comer desde la que se accede a la cocina.

Al fondo hay una puerta que da a las habitaciones y el baño común. Y nada más, excepto la enorme terraza con una mesa y sillas a un lado y una zona *chillout* al otro.

—Vale, papi, ya puedes irte —bromeo con él. Dejo la bolsa de mis juguetes digitales encima del sofá, mientras él lleva la maleta a la habitación principal desde la que se ve el mar incluso acostado.

—No está nada mal, ¿no crees? Mira, televisión de pantalla plana, aquí tienes las claves del *wifi*, y a ver la cocina... Bien, está la compra básica que solicité. Puedes hacer pedidos *online* y que te la dejen en el descansillo o pedirla a través de la agencia —sugiere y me parece buena idea, mejor que ir al pueblo a comprar disfrazado para que no me reconozcan.

—Ya, ya —contesto mirando a todos lados—, el problema es que no sé si me apetece cocinar para mí solo.

—Pues pide que te traigan comida, que esto es un pueblo pero hay de todo. Aunque no te conviene engordar que, te recuerdo, rodamos en agosto y tienes que estar en forma.

—La playa es impresionante —digo saliendo a la terraza—. Creo que iré a correr de madrugada, así seguro que no me cruzo con nadie. Está muy vacío esto —comento mirando de lado a lado el paisaje que se presenta ante mí.

—Aunque creas que no hay nadie, ve siempre cubierto y con gafas, ya sabes. Que los *paparazzis* tienen los tentáculos muy largos.

—Lo sé, papaíto —contesto socarrón y le doy un beso en la calva.

—Deja de llamarme así y llévame a comer una paella, venga, que me lo he ganado.

Entramos de nuevo al salón y cierro el ventanal antes de irnos a comer a un chiringuito de la playa, por supuesto completamente tapado a pesar del calor del mediodía que ya empieza a molestar en el mes de junio.

Por fin mi guardián se va y me deja solo en el apartamento. Pongo música suave y arreglo mis cosas. Aunque no soy un histérico, me gusta tener orden. Veo que la agencia ha dejado un

dossier con normas como el funcionamiento de la alarma, las horas de recogida de la basura y la petición de que riegue las plantas de la terraza al anochecer. Decido estrenarme con esa tarea y a las ocho y media de la tarde, antes de cenar y después de haber estado sentado un rato largo en una hamaca viendo atardecer, me levanto para desenrollar la manguera de la pared y darle agua a todas las macetas que me encuentro en mi camino.

Cuando acabo, me quedo apoyado en la barandilla llenándome del aroma del mar. Veo que al lado se enciende una luz y por primera vez en todo el día pienso en la gente. Está claro que no estoy solo en la quinta planta del edificio. Lo que no tengo tan claro es si eso es bueno pues se supone que nadie puede verme. Creía que Toni me dijo que estaría aislado. No debió de pensar en que había vecinos. Solo espero que no sean escandalosos y pueda descansar y trabajar. Es lo único que quiero este mes. Y olvidarme del mundo exterior. No me apetecí el plan de Toni pero al final me parece que voy a tener que darle las gracias. Siempre sabe lo que me conviene. Luego le escribiré.

Desde que he escuchado «la playa es impresionante. Creo que iré a correr de madrugada, así seguro que no me cruzo con nadie. Está muy vacío esto» con voz de hombre, y la respuesta «aunque creas que no hay nadie, siempre cubierto y con gafas, ya sabes», le estoy dando vueltas a esas voces. Me resulta familiar la primera, pero no caigo. Al menos ya sé que los de al lado son dos hombres. ¿Pareja?, ¿padre e hijo?, ¿hermanos? Bueno, qué más me da a mí. Además de hombres, sé que por lo menos a uno le gusta correr. Podré asomarme mañana temprano y cotillear.

Después de eso he oído cómo daban un portazo y se han ido. Yo he bajado enseguida a caminar por la playa y darme un baño antes de comer, que me ha sentado de maravilla. La tarde me la he pasado trabajando y no he escuchado nada del piso de al lado, también es verdad que me había puesto los auriculares con cancelación de ruido como suelo hacer en Madrid. En realidad pienso que es una tontería usarlos porque aquí no se oye ni una mosca.

Como el día anterior, salgo a la terraza a cenar y ver el atardecer. Va a ser una costumbre estos días porque me relaja mucho. Estoy dándole vueltas a una parte del proyecto en el que he estado trabajando esta tarde y por eso tardo en darme cuenta de que hay alguien en la terraza de al lado, a oscuras como yo, supongo que porque también sabe que así se ve mejor el viaje del sol por detrás del horizonte. Me quedo quieta para que no sepa que lo observo. Noto, porque es imposible verlo, que se levanta y se acerca a la barandilla. Dos brazos musculados aparecen en mi campo de visión apenas iluminado por las luces de la sala. Me parece ver un poco de su pelo, pero la oscuridad no me ayuda a saber más.

Veo que gira la cabeza, echando el cuerpo un poco hacia adelante para poder mirar hacia mi terraza, y me encojo en la butaca con los pies subidos. Agarro el móvil porque de pronto pienso que puede saltar y atacarme o algo así. Pero no pasa nada. A los dos o tres segundos ha recuperado la postura anterior. Supongo que solo sería curiosidad.

Cuando dejo de ver sus brazos apoyados en la barandilla, con mucho sigilo me meto dentro y cierro todo. Menos mal que la puerta de la terraza también es blindada y está insonorizada.

Me acuesto con el móvil en la mano y aprovecho para hablar con Ed desde la cama, a susurros. No para de bostezar así que lo dejo descansar y no le cuento nada de que tengo vecinos. Estoy algo inquieta y me da rabia porque mi idea de estos días era trabajar para dejarme el verano libre de obligaciones, sin embargo mi cabeza no para con temas que no deberían estar ahí: Ed, las malditas fotos y los vecinos misteriosos. Mi remedio en estos casos es ponerme un pódcast y escucharlo hasta caer dormida.

Hay tanto silencio en la urbanización, que el más leve ruido se aprecia con mucha nitidez y no pasa desapercibido como cuando hay jaleo, sobre todo a las horas en las que la piscina se llena de familias. Me despierto y noto movimiento al otro lado de la pared, ningún sonido específico, que se mezcla con el motor lejano de un cortador de césped. Me quedo quieta en la cama para tratar de focalizarme en lo que puede estar haciendo el vecino. El silencio vuelve enseguida, excepto por la dichosa máquina del jardinero que suena cada pocos días a las ocho de la mañana. Buena hora para levantarme y ponerme a trabajar.

Me hago un café y salgo con él a la terraza para embriagarme con el frescor de la mañana. Desde mi sillón estratégicamente colocado veo la playa y el camino por el que se accede a ella desde la urbanización, sin que se me vea demasiado. Eduardo me llama la vieja del visillo cuando me siento aquí. No se me escapa una.

Como no se me escapa la figura de un hombre con ropa deportiva bastante holgada, gorra de béisbol con una visera más grande de lo normal y gafas de sol. Por las pintas pienso que va a pasear, pero no. En cuanto llega a la parte seca de la orilla, hace unos estiramientos y empieza a trotar. ¿Quién corre con gafas de sol?

Le sigo con la mirada hasta que su figura se pierde a lo lejos. Hay algo que... no sé descifrar. Apuro mi café y entro a la sala dispuesta a incluir las correcciones a los textos de mi clienta en la web de su agencia de viajes.

Una hora y media después escucho cómo alguien se tira a la piscina. Ese sonido refrescante de cuando una persona entra en el agua de golpe llama mi atención y salgo a la terraza con curiosidad. Si ya empiezan a venir las familias tendré que recurrir de nuevo a los auriculares con cancelación de ruido.

Me quedo de piedra cuando veo emerger un cuerpo musculado cuya cara no distingo, porque está de espaldas. El pelo mojado lanza gotas a su alrededor al sacudir la cabeza. Sus músculos se tensan cuando se apoya en el bordillo para salir de la piscina a pulso. Noto cómo se me para el corazón a la espera de verlo completo. «Nela, eres una mujer feliz con tu pareja, ¿en qué piensas?», me reprende una de mis voces solapada por la que dice: «a nadie le amarga un dulce; solo estoy mirando». Dejo que las voces se peleen sin hacer caso a ninguna. Hay veces que prefiero seguir mi instinto y es él quien fija mi mirada en ese escultural cuerpo sin dejarme apartarla hasta que... «¡mierda! No puede ser».

Me echo hacia atrás para que no me vea, aunque dudo que fuera posible por lo escondida que estoy. Me convenzo de que es mucha casualidad que Chris, digo, Fran, esté ahora mismo en la piscina de mi urbanización. No, seguro que no. Si debe estar forrado, lo normal es que se vaya a Ibiza o a un *resort* en Cerdeña. No puede ser. ¿Qué iba a hacer él en La Caleta si no tiene nada de *glamour*?

Alargo la cabeza sin moverme demasiado para mirar. Si no es él, se le parece mucho, aunque a esta distancia no puedo saberlo ya que los últimos años solo lo he visto a través de la pantalla. Sea quien sea tiene un cuerpazo que no me canso de mirar.

Está sentado en el borde de la piscina, con las piernas dentro del agua y la vista hacia la playa. Imposible verle bien la cara si no se da la vuelta y si no se volviera a poner la gorra y las gafas de sol. O no quiere broncearse o se oculta. Todo es posible. Alcanza la toalla que tiene tras él y que ha debido dejar ahí antes de irse a correr y se tapa con ella.

«Ya está bien de perder el tiempo», me riño al recordar cuánto trabajo me queda todavía. Vuelvo junto a mi portátil dispuesta a pasar al menos dos horas más antes de hacerme la comida y descansar de nuevo. Luego llamaré a Ed. La cuestión es si le contaré que creo que tengo al actor, por culpa del cual estoy medio recluida, como vecino en el apartamento de la playa o lo dejo estar. No quiero estropearle el viaje con la chavalería del instituto.

8

CHRIS

Creo que mi vecino es en realidad vecina. He observado los pisos de la escalera 1, que es la mía, y no parece haber nadie más que yo, excepto en la puerta 5A como comprobé ayer, justo al lado de mi apartamento. Ya es casualidad. En las escaleras 2 y 3 parece que hay más viviendas ocupadas pero no he visto a nadie aparte de la señora Antonia y su marido, el conserje que cuidaba el jardín por la mañana.

Como hombre y, sobre todo, como actor perseguido por las fans, sé perfectamente cuándo alguien me observa. Y eso es lo que he sentido durante el rato que he estado en la piscina después de correr.

Nada más llegar, al ver que no había nadie alrededor, he desobedecido a Toni y me he quitado todo lo que ocultaba mi identidad, excepto el bañador. Al salir del agua me he sentado un rato de espaldas al edificio a propósito, para ver el mar y para que nadie que pudiera asomarse en ese instante me pudiera reconocer.

Ha sido un momento de los que hacía tiempo no gozaba: con el sol cálido sobre mi piel húmeda, las piernas dentro del agua fresca de la piscina, la brisa del mar y el silencio. He cerrado los ojos y he dejado que el sol me acariciara el rostro sintiéndome vivo y feliz. Sin embargo, sentía en mi nuca la mirada de alguien.

A veces creo que son paranoias mías. Uno nunca se acostumbra a ser perseguido por los *paparazzi* a todas horas, pero la sensación era distinta. Por si acaso, me he cubierto de nuevo. Solo espero que sea una falsa alarma porque no me apetece tener que prescindir del baño matutino en el mar y en la piscina.

Al girarme para salir del agua he mirado por instinto hacia mi terraza y me ha parecido ver a una mujer en la de al lado, la de la esquina que es la única ocupada. ¿Sería su mirada la que sentía clavada en mi nuca? Quizá solo ha salido a que le dé el aire y se ha encontrado conmigo de casualidad. Voy a pensar eso y dejarme de rayadas mentales.

En el apartamento preparo una cafetera que hace su trabajo mientras me ducho, me cambio de ropa y arreglo la cama antes de desayunar. Se nota que ha sido Toni el que ha encargado la compra: ni un solo capricho. Lleno un bol con avena, yogur, arándanos, trocitos de plátano y miel y salgo a la terraza con él en una mano y el café en la otra.

No aguanto ni cinco minutos. Demasiada quietud desde que me he despertado. Me levanto para recoger del salón el móvil, la tablet y el guion de mi próxima película con la intención de llevarlo todo a la terraza y ponerme a trabajar. Cuanto antes empiece a estudiar, mejor. Me paro junto a la puerta de entrada al escuchar voces en el descansillo y, con mucho sigilo, abro la mirilla para observar.

Una mujer joven está de espaldas hablando con la señora Antonia mientras esta friega el suelo. Lleva unos *shorts* rosa muy cortos y una camiseta blanca con tirantes anchos, uno de los cuales cae sobre su brazo mostrando un hombro perfecto. Tiene un buen culo y unas piernas preciosas. No consigo ver nada más. La mirilla es muy pequeña y están a un lado, por lo que la cabeza queda fuera de mi ángulo de visión. La señora Antonia le pide que se mueva para fregar en el otro lado, ella se gira y mi corazón se para de golpe: Nela.

Parpadeo ante la incredulidad. Quizá mi mente ha pensado tanto en ella, sobre todo estos días

a raíz del tema de las fotos, que pueden ser imaginaciones mías. Hubo un tiempo, nada más dejar la relación, que cada vez que veía a una chica pelirroja pensaba que era ella y corría hasta alcanzarla o llamaba su atención de alguna manera para verle la cara. Más de un par de sopapos bien dados me he llevado por eso. Poco a poco esa obsesión fue desapareciendo a medida que mi profesión me engullía y me dejaba sin tiempo para ser Fran.

Mientras Fran se quedaba en un rincón enamorado de Nela, Chris vivía a tope con sexo sin amor.

Me convertí en dos y este retiro forzado, aunque solo haya pasado un día, está haciendo que no sepa cuál de mis yoes está aquí encerrado.

Sigo pegado a la mirilla. Las mujeres se giran hacia mi puerta y la señalan. ¿Sabrán quien soy? Me aprieto más contra la madera para escuchar sin mover ni un músculo y que no se den cuenta de que las espío.

—No, señora Manuela, no sabemos quién es. Ya se lo dije —susurra Antonia con voz ronca.

—Me da igual su nombre, solo quiero saber si es de fiar, que estamos solos y me da algo de miedo. Ya sabe que soy un poco miedica—contesta Nela también susurrando en un tono que me despierta sensaciones dormidas.

—Estése tranquila, chiquilla, que los de la agencia no alquilan a cualquiera. Tendrá papeles, digo yo, y dinero para pagar. Si quiere le pregunto a la encargada.

—No hace falta. Llevaré cuidado.

—Eso. Y *usté* tenga el teléfono a mano que mi *marío* o yo subimos enseguida.

—Gracias, señora Antonia —sonríe mientras la abraza—. Me vuelvo a trabajar. Me ha venido bien hablar con usted un rato, que se hace pesado no tener con quien charlar.

—Cuando quiera, ya sabe dónde me tiene.

Veo cómo Nela se dirige hacia su puerta que permanecía abierta y, antes de cerrar, echa un último vistazo hacia la mía.

Tengo el corazón hecho un nudo y me cuesta respirar. Un ligero calambre en el brazo me hace darme cuenta de que me he quedado de piedra con el dedo pegado a la mirilla. Doy un paso hacia atrás obligándome a reaccionar porque las ideas confusas y desordenadas que llegan a mi mente no tienen sentido si no las pongo en orden.

Me siento en el sofá, no es momento de dejarme ver en la terraza, y voy colocando las ideas en diferentes lugares antes de decidir si hablar con Toni sobre esto, o... directamente con ella.

En una lista mental dejo los pensamientos sobre la atracción que todavía siento, es innegable, por Nela. Si hago caso a esas ideas, ahora mismo llamaría a su puerta para saciar mi necesidad de verla y tocarla. Me gustaría mucho mirarla a los ojos y retomarlo donde lo dejamos; si se acuerda de mí, claro. Pero, ¿qué digo! Seguro que se acuerda, sobre todo si es la causante de mi problema actual y la culpable de mi encierro.

En otra lista voy agrupando los pensamientos que tienen que ver con la incompreensión: ¿qué hace aquí?, ¿es casualidad o me ha seguido? Si es lo segundo, ¿tiene que ver con las fotos?, ¿las habrá publicado ella y busca sacar algún beneficio de mí, sea el que sea?, ¿es todo esto una trampa? Para saberlo también necesitaría mirarla a los ojos y leer en ellos.

Nela siempre ha sido muy sincera. Si no decía la verdad, la mirada la delataba. Por eso me fío de lo que me dicen sus ojos. Nunca me han mentido. Como no lo hicieron cuando me dejó, llorando y con su mirada gritando toda la decepción que sentía. Fui un cabrón. Yo y mis ganas de ser un actor famoso.

Me reclino hacia atrás en el sofá para pensar, pero estoy nervioso y enseguida me levanto. Doy vueltas en círculo por el salón rodeando la mesa del comedor y gesticulando como si hablara con

alguien cuando en realidad solo lo hago conmigo, susurrando para que mi voz no traspase la pared que da al apartamento de Nela.

Si tuviera delante a Toni me diría que todo es una trampa, aunque sea casi imposible averiguar mi paradero. Se preguntaría qué puede querer Nela de mí porque no se fía de ella como hago yo, aunque soy consciente de que en quince años la gente cambia mucho y las necesidades aprietan. ¿Será eso? ¿Estará pasando un mal momento y necesita dinero? Porque la fama que da salir en unos cuantos programas de cotilleos no tiene sentido, no le pega nada. Como tampoco me creo que sea por venganza por una infidelidad cometida hace tantos años. No, no puede ser eso. ¿Y si sigue enamorada de mí? Mi cuerpo se estremece al pensar en esa posibilidad.

Me siento como un ratón en una jaula, desesperado y sin saber qué hacer.

¿Debería llamar a Toni y contarle todo o esperar? Quizá si hablo con ella antes..., pero, ¿qué hago? ¿Toco a su puerta y le pido un poco de sal? ¿Así, sin más y «oh, sorpresa»?

Todo me parece absurdo.

El móvil baila encima de la mesa indicando con su vibración que alguien me llama. Es Toni, por supuesto. Una decisión menos a tomar, ahora la segunda: ¿se lo cuento?

—¿Qué hay, chaval? ¿Cómo te va la vida de monje?

—¿Tú qué crees? Aburrido y solo han pasado dos días —le contesto.

—Tengo remedio para eso. No creerías que iba a llamarte solo para escuchar tu seductora voz —bromea.

—¿Me traes a todas mis seguidoras para que me distraigan?

—Ya quisieras —ríe—. La *Bullock* —así llamamos a la presidente de mi club de fans por su parecido a la actriz— estaría encantada, ya lo sabes. Ahora en serio, he enviado a tu correo un enlace de descarga con los audios de la coprotagonista para que practiques los diálogos ya que no podéis hacerlo juntos este mes. Grábate y le paso a ella los tuyos. ¿Puedes hacerlo?

—Supongo que sí. ¿Para cuándo los necesitas?

—¿Hoy? —se ríe—. Cuanto antes, pero si no tienes nada más que hacer, como me imagino, mejor hoy o mañana como tarde. Necesitamos ir con todo bien aprendido a las sesiones de julio para no demorar el rodaje. ¿Lo tienes claro?

—Clarísimo.

—Así me gusta. Te he enviado las más intensas. Dentro de unos días te envío más si hace falta. Creo que será más fácil para ti estudiar el papel así, que debes de estar muy solo. —Vuelve a reírse y me empieza a mosquear tanto cachondeo con mi situación—. Chris, ¿has visto tus redes sociales?

—No. Estoy en terapia *detox* digital, como me pediste.

—Bueno, bueno, tampoco dije que te evadieras de toda tu vida. Tienes que estar al tanto de lo que hay a tu alrededor. Tu reputación *online* es muy importante si quieres seguir trabajando en esto. Una denuncia en falso y te destroza la carrera.

—Lo sé. Oye, ¿me estás queriendo decir que alguien me ha denunciado por algo que no es verdad? —me asusto.

—No, no. Perdona. Era un ejemplo. Te pongo al día: tu amiguita pelirroja ha publicado más fotos y obviamente son falsas porque no está contigo, como bien sabes, y las imágenes no tienen nada que ver con la playa en la que estás. Sam está trabajando en ello con nuestro abogado. Tú tranquilo y a estudiarte bien el papel.

—Sí, señor —digo en tono firme.

—Por favor, Fran —dice mi nombre real cuando la cosa es seria y eso me preocupa—, por favor, cuídate y no te dejes ver hasta qué sepamos de qué va esto.

Nos despedimos con las bromas habituales, pero yo ya tengo la mosca detrás de la oreja, por lo que me ha dicho y por saber que la pelirroja, como la llama él, duerme al otro lado de la pared.

Picado por la curiosidad hago algo que no acostumbro y es poner mi nombre profesional en el buscador de Internet. Eso se lo dejo a Sam y así me evito disgustos. Tras el cuarto enlace que abro, cierro el ordenador cabreado: todo lo que se publica junto a las fotos en las que salgo con Nela, todas falsas, van acompañadas de una amenaza sobre sacar trapos sucios de mi pasado que acabarán con mi carrera. Ese detalle no me lo dijo Toni y eso debe ser lo que más le preocupa. Si alguien destruye mi carrera, él cae detrás. Por algo soy soy el chico de la gallina de oro, como me recuerda demasiado a menudo cargándome de una responsabilidad que me abrume.

¿Cuándo y cómo hemos pasado de un anuncio de boda falsa a presionar con lanzar un bulo? ¿A cambio de qué? ¿Qué será eso que puede destrozar mi carrera si estoy limpio?

Y lo más importante: ¿es Nela peligrosa?

9

NELA

—Lleva cuidado, gatita.

—Ay, Ed. Te echo de menos. Aquí se está de lujo —le digo mientras observo la línea del mar al fondo desde la hamaca de la terraza con la brisa acariciando mi piel—. Solo me falta tu compañía.

—No sigas que he estado a punto de anular mi viaje para estar contigo.

Me sorprende esa afirmación. Ni cuando falleció mi abuela dejó de ir a un congreso por estar conmigo. Imagino que es un juego, una forma de decirme que también me echa de menos.

—Si vienes no podré darte envidia —rio—, ni tú a mí con las maravillas de Grecia. Eso sí, en cuanto aterrices en España te vienes a la playa.

—Ni lo dudes, cariño. Mientras tanto, sal poco y trabaja mucho para que tus clientes no te molesten en vacaciones. Ten mucho cuidado.

—Eduardo, ¿qué pasa? Es la segunda vez que me dices que lleve cuidado. Me estás preocupando.

—Estoy seguro de que ni has entrado en redes sociales ni has visto la televisión. Mejor así, pero ten cuidado.

—Vale, ya lo has conseguido. Estoy aterrada. ¿Qué pasa ahora? ¿Es por las fotos esas con Chris Jordan?

—Sí. Han ido a más. Y si no has sido tú, no sé quién ha podido ser con acceso a fotos tuyas, que guardas tanta privacidad. Cariño, alguien se hace pasar por ti y ha amenazado al tipo ese, insisto, si no has sido tú porque no creo que a estas alturas me mientas con algo así —me cuenta de forma despectiva.

—Pero, ¿cómo puedes insinuar que he sido yo? No tengo nada que ver. Lo sabes. ¿O es que no te fías de mí?

—Sí, Nela, yo confío en ti, no me malinterpretes, y por eso no he cancelado el viaje. Solo digo que estés alerta y que no hables con nadie. Podrías invitar a tu hermana o a la mía, para no estar sola.

—No creo que ninguna quiera cogerse vacaciones ahora para encerrarse conmigo. Tengo trabajo que hacer y no puedo tener invitadas a las que no haría ni caso. Ya me cuido sola.

—No tengo ninguna duda, gatita. Bien, nos vemos a la vuelta. Te llamo cuando llegue a Atenas. Te quiero, cariño.

La despedida ha sido rápida y fría. Quiero mucho a Ed, pero mentiría si no reconociera que cada vez lo siento más lejano. Aunque la vida que compartimos es lo que los dos queríamos y estamos muy a gusto juntos. O eso creo. Ahora me ha metido el miedo en el cuerpo. No será tan grave si no ha venido a pasar esta crisis conmigo y darme la seguridad que necesito en un momento así. Me gustaría sentirme más arropada.

Quiero saber por mí misma el alcance de esta historia de la que soy víctima y entro en Internet a buscar el nombre de Chris Jordan.

Me quedo helada.

Como ha dicho Eduardo, alguien se hace pasar por mí. Alguien que me conoce y que ha sacado fotos de... ¿dónde? Ha hecho con ellas composiciones junto a imágenes de Chris y

lugares en los que se supone que estamos de viaje. Leo en las noticias que la falsa yo amenaza con descubrir algo del pasado de Fran. Es muy raro porque si primero dijo que nos íbamos a casar, ¿a qué viene eso del pasado? Solo por ese detalle ya debería saber todo el mundo que es una gran farsa. Pero, claro, a mí nadie me conoce y seguramente esté en boca de la gente como la *malvada que se quiere cargar la carrera del chico de moda*. ¿Por qué? ¿Para qué?

Me extraña que no me haya llamado ni mi familia. Le doy la vuelta al móvil y veo un montón de llamadas perdidas y mensajes que no había visto por tenerlo en silencio. Lo tengo configurado de modo que solo me suenan las llamadas de Ed para que los clientes no me molesten a horas intempestivas ni mi familia o amigas a horas de trabajo. Se me había olvidado por completo comprobar las llamadas.

Escribo en los *chats* grupales de las personas más allegadas y llamo a mis padres, a mi hermana y a algunas amigas para decir que no tengo nada que ver y que no hablen con nadie. Que todo es mentira.

La siguiente llamada es a mi abogado que me promete investigar con el especialista en redes sociales de su despacho. Lo dejo en sus manos.

Van a valorar si merece la pena publicar un comunicado de una *don nadie* o es mejor buscar en silencio a la persona que está detrás. Está claro que no soy Shakira y no puedo hacer caja con una canción reveladora.

Me toca esperar y ver cómo se desarrolla todo encerrada en mi torre particular con un solo vecino misterioso, eso sí, buenísimo, y que se parece tanto a Chris. Bromas del destino que podía guardarse sus chistes para quien se los pida.

Al volver al salón escucho voces al lado. Me acerco a la pared que separa los apartamentos y pego la oreja. Me doy risa por lo patética que es la situación. Solo me falta poner un vaso de plástico para oír mejor como en las películas. Creo que esta soledad me está volviendo loca. Aun así, me quedo escuchando. Total, nadie me ve y en mi casa hago lo que quiero.

—¿Por qué no me miras a la cara? —grita una mujer.

—María, yo... —parece susurrar la voz del que supongo es mi vecino el buenorro porque el otro se debió de ir el primer día.

—Te quería tanto...

—¿Ya no me quieres?

—Raúl, hay cosas que no cambian, pero no es esta la vida que deseaba para mí.

Vaya, Raúl, mi vecino se llama Raúl; ni Fran ni Chris. Me tranquiliza que el parecido sea casualidad. Deduzco que la chica debe estar al fondo de la vivienda porque la oigo lejana. ¿Cuándo ha llegado sin que me entere? Qué raro todo.

—¿La vida que deseabas, dices? (...) Y esto (...) ¿Lo deseas?

Entre frase y frase hay silencios. ¿Qué estará haciendo?

—Mmmm, quiero que jadees, nena. Venga, hazlo por mí.

Madre mía, creo que no quiero escuchar nada más. Y menos con esa voz tan parecida a la que escucho en mis sueños más íntimos. El tal Raúl es un clon de Chris hasta en la voz.

—¿Qué pasa? ¿Mis manos no son suficientes para ti, nena? Vamos a la cama y te demuestro cuánto te quiero. No vas a desear estar con otro.

Esto se pone muy intenso. Me tiemblan un poco las piernas cuando alcanzo con la mano el borde de mis bragas y la meto dentro. Me acaricio mientras escucho las palabras que Raúl dice a la tal María, que debe estar a punto de tocar el cielo. Las voces de al lado cesan, imagino que están en la habitación y desde aquí no escucho nada.

Me paro cuando oigo un portazo en el descansillo. Si Raúl es el único que vive en la quinta

planta y está en plena faena con la chica, ¿quién ha salido? ¿A ver si eran tres y el otro no se había ido? Menudo culebrón hay en el 5B.

Me acerco a mi puerta con sigilo y abro la mirilla. Descubro a mi vecino tan parecido a Chris-Fran. Aunque la gorra le tapa media cara al menos aún no se ha puesto las gafas y puedo ver que de perfil es clavado a él. Me pregunto cómo puede estar ahí, tan fresco, si hace menos de un minuto estaba empezando a tener sexo con una chica que, supongo, sigue dentro del apartamento. Quizá ella le haya exigido ir a comprar condones. Aunque con ese cuerpazo dudo que no los lleve siempre en la cartera. Aun así, ha sido demasiado rápido. No entiendo nada.

Aprovecho para salir a la terraza a refrescarme tras el calentón. Si se ha ido no hay peligro de verlo asomado porque si me lo encuentro no sé con que cara voy a mirarlo después de lo que he escuchado a través de la pared. Me muero de vergüenza.

Apoyo las manos en la barandilla y cierro los ojos dejando que la brisa marina me refresque la piel y la calidez del sol me calme la mente y ralentice mi corazón que late a mil por hora.

10

CHRIS

No me ha gustado nada la escena que acabo de estudiar. Estoy cansado del papel de galán ligón con escenas subidas de tono. Le pedí a Toni un papel más serio, y lo es, pero aun así no me libro. Voy a ser un espía en la próxima película y juro que cuando leí el guión no había escenas con tanto sexo.

Me cabreo y quiero salir. No encuentro más excusa que bajar la basura para irme un momento, respirar y volver a subir antes de llamar a Toni y hablarle en un tono amistoso para exigirle explicaciones.

Regreso en menos de cinco minutos. Antes de entrar al apartamento echo un vistazo a la puerta de Nela. ¿Qué hace aquí? ¿Seguro que es ella? Sí, mi mente no me engaña y además la señora Antonia la llamó Manuela. Un nombre que a mí me encanta pero a ella no y por eso nos hacía llamarla Nela.

El teléfono de Toni comunica. Antes de seguir estudiando y por si me interrumpe al devolverme la llamada, salgo a la terraza a pensar mientras le espero. No puedo decidir nada sin tener la mente tranquila. Hace una tarde increíble y esta terraza tan amplia es una maravilla. Si me siento, todo lo que veo es mar, como si estuviera en un barco solo que sin moverme. Me acerco a la barandilla para poder abarcar más paisaje y dejarlo grabado en mi retina.

Nada más apoyarme la veo a ella con la cara levantada hacia el sol, el gesto sereno, los bucles caoba bailando suaves con la brisa y una tenue sonrisa que me caldea el corazón. Observo, sin hacer ruido, preocupado por su reacción cuando abra los ojos, pero está tan preciosa, es un momento tan mágico, que no quiero que nada lo estropee.

Creo que nota mi presencia, porque se gira hacia mí con los ojos entreabiertos. Cuando me ve, sin gorra y sin gafas que me oculten, se queda de piedra.

—¿Nela? ¿Eres tú? —pregunto con sorpresa.

—¿Fraaan? —duda y me mira guiñando los ojos y con la mano a modo de visera para taparse del sol—. ¿No te llamas Raúl?

—No —se ríe—, no soy Raúl. Estaba..., da igual —pienso que no es momento de dar explicaciones—. Qué casualidad que seas tú, Nela—digo recordando de pronto que puede que sea mi enemiga número uno en este momento y que tal vez nuestro encuentro no haya sido coincidencia.

—¿Pero eres Fran de verdad? —pregunta sin creérselo todavía y yo afirmo con la cabeza y una amplia sonrisa—. Creo que eres la última persona que esperaba ver aquí.

—¿En serio? —pregunto sorprendido. O disimula si me ha seguido hasta La Caleta o el universo juega con nosotros. Ojalá sea lo segundo.

—¿Tan extraño te resulta? —me pregunta Nela con una cara de sinceridad que me hace dudar de todas las sospechas hacia ella. Pero no debo bajar mis defensas. ¿Y si tiene un equipo de *paparazzis* esperándola? Así pensaría Toni y, por si acaso, creo que es mejor alejarnos de la terraza donde cualquiera puede vernos. Aunque no hay ningún cualquiera en metros a la redonda. Esto está bastante vacío.

—¿Te parece que hablemos dentro? —sugiero. Me mira con cara de estar pensándolo. Que no haya dicho que sí enseguida me inquieta.

—No sé si debo, Fran. Con todo lo que está pasando —dice a media voz sin especificar. Voy a replicar, pero se adelanta y me sorprende su respuesta—. Además, sé que estás acompañado. No me parece el mejor momento, ¿no crees? Ve y sigue con lo que estuvieras haciendo con tu chica.

Noto que se sonroja al decirlo mientras que yo sonrío porque acabo de darme cuenta de a qué se refiere, por eso creía que me llamaba Raúl. Supongo que ha escuchado el ensayo de mi diálogo con la voz grabada de mi coprotagonista. He debido sonar convincente y eso me halaga.

—Creo que te conf...

—No —me dice tajante levantando la mano—. Creo que no debo seguir esta conversación. No sin antes hablar con mi abogado.

Me quedo perplejo, ¿con su abogado? De pronto me entra un gran miedo a que diga dónde estoy o se invente que estamos juntos o... Aunque pensando un poco más, si es lo que quiere no me hubiera rechazado. Intentaría estar el máximo de tiempo a mi lado y no cerrarse de esa manera. Si quiere sacar partido de esto, y de paso fotos conmigo, le conviene estar a mi lado cuanto más tiempo mejor.

—¡Nela! —grito porque ya se ha alejado hacia el interior de su apartamento—. Por favor, no cuentes esto a nadie.

No sé si me ha oído porque ha cerrado la puerta de la terraza de golpe. Me siento en la tumbona desolado, con una confusión enorme que debo eliminar cuanto antes. Mi mes de retiro ha empezado de la peor manera posible, ni trabajo ni resuelvo nada. Voy a por una cerveza fría y regreso a la terraza más calmado con un cuaderno para escribir los datos que tengo de este asunto. Creo que lo mejor sería hablarlo con Sam y saltarme a Toni. Ella y el informático podrán rastrear mejor de dónde viene todo y si es Nela la que me está jodiendo la vida. Daría lo que fuera porque la respuesta sea que no tiene nada que ver aunque es difícil viendo las fotos publicadas. Siento un escalofrío al pensar cómo ha sabido dónde estoy, con el secretismo que ha llevado mi agente, y una sensación de vulnerabilidad me invade.

Pero no es solo eso. Me siento abrumado también al creer que la única mujer por la que he sentido algo en mi vida me pueda traicionar de esta manera, sin una razón aparente. Puede que me lo tenga merecido porque fui un capullo con ella y todo por la mierda de la fama que se me subió a la cabeza. Lo reconozco.

Una fama de la que ahora reniego. Es triste que una profesión tan bonita como la mía tenga efectos colaterales tan indeseados como no poder salir de casa sin una jauría de mirones alrededor o ir a un centro comercial de compras. Me han acosado varias veces y se han inventado historias sobre mí que daban risa. Pero esto, al tratarse de Nela, no solo es diferente sino que duele mucho más.

Me dan ganas de dejarlo todo.

11

NELA

—Bien.

—Te lo repito: que nadie os vea juntos. Y si te puedes ir de ahí, mejor.

—Eso no. En mi casa hay periodistas apostados en la puerta. A Eduardo le costó salir para ir al aeropuerto. ¿Dónde voy a ir? Me quedo aquí y sigo con mis planes.

—Lo entiendo, Manuela. Pero encerrada, ¿me has oído? Hasta que consiga más información. Déjalo todo en nuestras manos.

—Gracias, Carlos. Te haré caso.

Cuelgo la llamada a mi abogado y me quedo pensativa. ¿Cómo ha podido cambiar mi plácida vida en una semana? Parece increíble.

Ed me llamó desde Atenas muy contento con su viaje así que no le he contado nada, no tiene sentido estropearle la estancia y tampoco voy a permitir que regrese antes de lo previsto con los gastos que eso supone. Además de que existe el peligro de que se vaya de la lengua y se arme una bien gorda. El abogado al menos no dirá nada mientras se investiga todo este asunto.

He decidido hacer uso de mis conocimientos informáticos. Voy a buscar el origen de toda esta mierda y acabar con ella, si es posible, o entregar lo que encuentre a Carlos; él sabrá qué hacer.

Busco en Internet todas las opciones posibles con nuestros nombres, me meto en las redes sociales de ambos y descubro que hay una con un nombre similar al mío que no he creado yo. Es en esa cuenta en la que están la mayoría de fotos que, salta a la vista, están trucadas con un programa de ordenador y, aun así, la gente las ha dado por buenas. Hasta ha habido debates en el programa más incisivo del *famoseo* sobre si lo nuestro es verdad o mentira y han especulado sobre qué es eso del pasado que amenazo con contar, han lanzado mentiras sobre mí y me acusan de barbaridades. Ya quisiera yo saber qué pretende quien haya suplantado mi identidad y por qué la mía precisamente.

Durante la tarde he puesto música para mantenerme ajena a lo que ocurra en el apartamento de al lado y no volver a escuchar gemidos ni nada similar. A saber quién era la chica que se ha quedado dentro cuando hemos hablado en la terraza. ¡Y quería que entrara! A este hombre se le ha ido la cabeza con la fama. El recuerdo que tengo de él en el instituto es de un chico inteligente y muy centrado, con las ideas claras y una madurez superior a otros chavales de su edad. Me enamoré de cómo era por dentro, aunque no niego que por fuera no estaba mal y eso que no tenía el cuerpazo que luce ahora. Daba gusto hablar con él de todo y me flipaba por su amor a los libros, al cine y a cualquier acontecimiento cultural que hubiera en la ciudad. El grupo de teatro le ayudó a crecer como persona y fue ahí, durante una representación en la Casa de la Cultura del barrio, donde lo descubrí un cazatalentos del cine que iba buscando chicos y chicas para una serie juvenil. Él, que quería estudiar Arte Dramático, entró por la puerta grande sin formación específica ni padrinos que lo auparan. Todo un éxito que fue el principio del fin en nuestra relación.

Su popularidad creció sin que se volviera engreído, o no lo parecía. Iba a clase cuando podía, sacó muy buenas notas y nosotros nos veíamos cada vez menos, pero seguíamos juntos hasta el viaje de fin de curso. Han pasado quince años y no quiero ni pensar cuántas mujeres habrán visitado su lecho gracias a la fama que abre puertas y piernas, como la chica que debe estar ahora

con él.

Son las doce de la noche, tengo los ojos secos y me he perdido el mejor momento del día: el atardecer sobre el mar.

En la cama no dejo de dar vueltas pensando en todo este lío, en Chris y sus pectorales, en Fran y lo que hubo. La ansiedad que tenía hace un rato disminuye a medida que inicio una de mis fantasías mentales con él. Cierro los ojos, respiro hondo y visualizo sus caricias sobre mi piel, como tantas veces he hecho. Si supiera que todos mis sueños eróticos son con él, alucinaría. Me pone nerviosa saber que está a pocos metros de mí, pero eso en lugar de detenerme hace que mi corazón bombee más rápido y mi deseo aumente. «Esto está mal, muy mal», me digo mientras mi mano hace el trabajo que le tenía encomendado a él.

Es curioso pero solo así consigo relajarme y dormir.

Me despierto temprano tras una noche muy inquieta. Tengo la almohada empapada de sudor y sé que me he movido mucho por el revoltijo de sábanas a mi alrededor y por el cansancio corporal que siento. No recuerdo qué he soñado pero sé que era con Chris. Necesito aire fresco y salgo a la terraza por la puerta de la habitación. Me llama la atención que al otro extremo, en la parte que coincide con el 5B, hay algo. Me acerco pegada a la pared para no dejarme ver. Hay un ramillete de flores silvestres cogidas con una goma corriente y una nota:

«La floristería no me ha querido abrir de madrugada, pero la naturaleza tiene regalos como este.

Son para ti.

Nela, tenemos que hablar.

Fran».

Mi corazón bombea a mil por hora por muchas y diversas razones: porque me he asustado, porque me da miedo lo que hay detrás de ese *hablar*, porque se ha acordado de mí, porque es él...

Me asomo buscando que el azul del mar me calme, algo imposible cuando en la playa está Chris Jordan con su imponente cuerpo haciendo ejercicio. Vuelvo a leer la nota sabiendo que le debo una respuesta a elegir de entre todas las que se me ocurren. No puedo tomar una decisión ahora, necesito más información y prepararme ante las posibles opciones que me puedo encontrar.

Meto como puedo el ramillete en una de las jardineras de mi terraza y riego las plantas antes de entrar al salón y llamar a Fede, un compañero de la universidad que sabe mucho de seguridad informática, *dark web* y esas cosas. En realidad, es un *hacker* bueno, de los que ayudan a la policía y espero que también a las amigas. Ayer llegué a un punto en el que ya no podía seguir con mis conocimientos de *webmaster*. Necesito ayuda a otro nivel.

—Estás en todas partes, Nela.

—¿Lo has visto, Fede? Es de locos.

—He estado a punto de llamarte varias veces porque no me pega nada que tú hagas algo así.

—Porque no soy yo, Fede, y no sé qué hacer. Mi abogado dice que me espere a saber algo más. Ni un comunicado me ha dejado publicar.

—¿Quieres que investigue?

—Por favor. Necesito aclarar esto. ¿Sabes que hay periodistas en la puerta de mi casa? Una locura.

—Una pregunta, Nela. Para ayudarte debo saber si hay algo con Chris Jordan, si has contacto

con él, no sé, dime todo lo que pueda ayudarme para no dar palos de ciego.

—Fede, es verdad que salimos juntos cuando nadie lo conocía, en el instituto. Lo dejamos cuando se hizo famoso y hasta hoy. Quince años sin tener contacto de ningún tipo. Y eso del pasado, que yo sepa no hay nada turbio que contar. Ni idea de a qué se refieren.

—Vale. Voy a ver qué puedo conseguir de manera legal, no vayamos a meternos en líos. Te llamo.

—Gracias, Fede. Y, por favor, ni una palabra. Te debo una muy grande.

12

CHRIS

No he dormido nada por culpa de Nela. O de mis sentimientos hacia ella que son del todo contradictorios. Creo que nunca he dado más vueltas en la cama, con los ojos abiertos de par en par, que esta noche. Lo mismo sentía el mayor de los deseos de tenerla conmigo, tocarla, besarla, dejarme hacer y tener el mejor sexo que recuerde, como que la he odiado por todo lo que está haciendo. Si es que es ella la autora de esta campaña en redes. ¿Cómo puedo saber la verdad?

Si me acerco para hablar puede negarlo todo o, si su presencia aquí está preparada, acorralarme en su acoso. ¿Nela? ¿Acorralarme y acosarme? Son palabras que no van con la Nela que conozco aunque puede haber cambiado mucho en estos años. «Nada es imposible», me digo aunque me cueste creer que pueda ser ella.

Son las cinco de la mañana y no aguanto más en la cama. Me pongo el bañador para irme a la playa a ver amanecer o meterme en el mar o lo que surja. Me da igual. Solo quiero salir de estas cuatro paredes; me siento enjaulado.

El frescor primaveral de principios de junio me golpea en el rostro de forma agradable y deseo que todas las mañanas sean así, que no llegue el calor del verano aún. La oscuridad me envuelve como un bálsamo mientras paseo por la orilla hablando conmigo mismo. La exposición en la que vivo me hace sentir vulnerable, exhausto y confundido. Me doy un baño para relajarme antes de que la luna desaparezca y la calma que me regala se evada con ella. Ojalá siempre me sintiera así de libre, de relajado..., de feliz aunque esté durando un instante en el que estoy solo, dejándome llevar por el mar, iluminado por la luna y sin más ruido que el de las olas al rozar la arena de la playa.

Al salir me siento otro, más Fran y menos Chris; eso es justo lo que necesito: dejar salir a mi verdadero yo que ha sido engullido por el actor de moda, un tío ficticio en el que ya no me reconozco.

Vuelvo decidido a hablar con ella y aclarar esta situación. Si es la autora de este desastre, que me diga qué pretende y me pida a la cara lo que quiere. Y si no lo es, que me aclare qué está pasando, si es que lo sabe. Si Nela también está ocultándose, por algo será.

Empieza a amanecer mientras me acerco a la urbanización pensando en cómo abordarla sin resultar agresivo y el mismo camino me da la solución: junto a la puerta de entrada hay un montón de flores silvestres de colores. Se nota que aún es primavera. Hago un ramillete pidiendo perdón al cielo por cortarlas así, no me gusta hacer daño a la naturaleza, y ya en el apartamento las uno con una goma que he encontrado rodeando la caja de huevos en la nevera y he escrito una nota que he dejado en su terraza. Espero que la vea porque mi brazo, por muy largo que sea, no alcanza a su mesa y se ha quedado en el suelo cerca de la barandilla.

Satisfecho con mi decisión, me cambio de ropa y vuelvo a la playa a correr y hacer ejercicio antes de encerrarme de nuevo en el apartamento a estudiar y, si Nela quiere, a hablar con ella.

Todo el día dando vueltas dentro del apartamento como un gato enjaulado. Varias veces me he asomado a la terraza con la esperanza de verla y nada, que no está, al menos he comprobado que ha recogido la nota y ha plantado las flores en una de sus jardineras. Ese gesto me ha conmovido. Podía haberlas tirado a la basura y no lo ha hecho.

Sigo estudiando como puedo. Solo paro si escucho algún ruido para asomarme a la mirilla y ver si entra o sale. ¿Puedo hacerme el enconradizo? Necesito parar tanto pensamiento y no se me ocurre nada mejor que tomarme un descanso para hacer la lista de la compra y llamar a Toni esperando que esta vez sí me responda.

—Tío, la escena que me mandaste ayer no me ha gustado nada. Pensaba que sería un espía de otro tipo, más serio, al menos eso parecía en el guion. ¿Lo habéis cambiado?

—Algo —dice de manera poco específica.

—¿Algo qué quiere decir?

Oigo un suspiro al otro lado de la línea que me pone en guardia.

—A ver, Chris, el público te quiere por lo que te quiere, al menos el femenino.

—Vale, vale —le corto—, ¿me estás diciendo que no soy buen actor, que solo van a verme por mi cuerpo?

—Tú lo has dicho, yo no.

—¿En serio? Pues cancelo el contrato. Yo no firmé para esto. Si tú no me consigues un papel serio, ya lo encontraré con otro agente.

—No te precipites si aún no has leído la última versión entera. Además, con María Toledo vas a estar genial. Hacéis muy buena pareja.

—¿Otra vez? ¿Y qué ha pasado con la otra, como se llame? ¿Otro cambio sin consultarme?

Mi cabreo va a más.

—Me consultan a mí que para eso me pagas. Te recuerdo que soy tu representante.

—Sí, y amigo hasta hace exactamente un minuto.

Toni se ríe a carcajadas sacándome un poco más de mis casillas.

—Veo que tu retiro forzado te está volviendo más irónico. Venga, Chris. No te lo tomes así. Es un buen papel. Dale una oportunidad, hombre.

—Toni... —bufo—. Solo te prometo que lo leo entero una vez más y si no encaja con mis objetivos, se lo das a otro.

—Vamos, que un seudo-espía ligón va a engordar mucho tu cuenta bancaria, y ya de paso, la mía. No rompas la gallina de los huevos de oro que te queda mucha vida por delante. Y, cambiando de tema, ¿has visto tus redes?

—No, he estado estudiando mi papel como me pidió mi examigo y representante —bromeo—. ¿Alguna novedad?

Estaba deseando hacerle la pregunta y saber si hay avances con el asunto de Nela. Espero que diga lo que quiero oír que no es otra cosa que todo ha sido un *bluf* del que ella no ha tomado parte, que es tan víctima como yo y que sigue siendo la Nela que vive en mi memoria.

—Hay un lío de tres pares. Después de todo lo que ha montado la tal Manuela Murray, la tipa no aparece en ningún medio. ¿Sabes qué significa eso? Yo te lo digo: que cada vez le ofrecen más dinero por salir en programas. Está aguantando hasta sacar una buena cifra, te lo digo yo que ya llevo años en esto. Se está aprovechando de tu fama de mala manera y aún no sabemos qué es eso que puede contar para hundirte. Nadie lo sabe. ¿Lo sabes tú? ¿Hay algo de tu vida que no me hayas contado?

—En absoluto. No tengo ni idea. Oye, ¿estáis seguros de que es ella? Es que no me pega nada, tío, en serio.

—¿Quieres la verdad?

—Por supuesto —digo sujetando el móvil con el cuello mientras saco una cerveza sin alcohol de la nevera y me la llevo al salón; no quiero hablar de esto en la terraza.

—No la sé. Nuestro abogado está trabajando en averiguar desde dónde se hacen los *posts*

rastreando los enlaces y la *urls*, o algo así, no me entero de eso. Por lo visto son cosas que se pueden hacer, yo flipo. Ya me han demostrado que más de una foto es un montaje. Por eso tenemos claro que quiere extorsionarte, aunque aún no sabemos con qué. O puede que con el dinero de las televisiones le baste. Un psicólogo forense ha dibujado su perfil y parece que es bipolar o algo así.

—Pues no me pega nada, insisto. Oye, eso del rastreo, ¿dónde la sitúa?

Si Toni aún no me ha dicho que las publicaciones de Nela se suben desde esta zona de la costa, una de dos, o no lo saben o lo publican todo desde otro lugar.

—El informático encargado va loco. No ha podido ubicar el origen. Unas rutas lo llevan a Madrid, otras a Gandía y también por Europa. Como ves, un área muy amplia. O tu amiga se mueve mucho o usa alguna aplicación de esas para que no se registre el lugar desde el que se conecta. Ya sabes. No parece tonta, la chica.

Sonríó para mis adentros y con el brazo hago un gesto de triunfo porque nada de lo que ha dicho se acerca a este edificio de apartamentos, a no ser que use esa forma de no ser localizada.

—Vale, veo que trabajáis en ello. Espero que me liberes pronto de mi encierro. Mientras, ¿podrías hacerme la compra, *cariño*? —bromeo.

—¿No puedes ir tú? No, no, mejor quédate en casa. Pásame una lista por mensaje y se lo pido a la agencia de alquiler. Tú quietecito porque —hace una pausa para suspirar con tono derrotado—, no te he dicho que a lo mejor no eres tú el que cancela el contrato. La productora te quiere libre para poder vender una historia de amor con María Toledo. Ya lo sabes. Nos quedan días para limpiar este estropicio y que la película siga adelante como estaba previsto. Lo dicho: ni te muevas.

Dejo el móvil sobre la mesa de centro, estiro la espalda y me levanto entumecido por culpa de ese sofá tan incómodo. Salgo a la terraza a caminar y enseguida lo veo: un pequeño cactus en el suelo con una nota.

13

NELA

Trabajo poco y mal porque no me concentro. Normalmente pongo plazos amplios a mis clientes por si me surge algún problema y siempre entrego las webs con antelación; ahora es uno de esos casos en los que no sé si voy a llegar a cumplir en la fecha estipulada. Acabo de hacer los cambios que me solicitó mi cliente y se lo envió con la promesa de que mañana probaré si todo funciona. Espero tener la cabeza despejada para poder subir la web en dos o tres días y ponerme con la otra que tengo pendiente antes de que empiecen las vacaciones de Ed.

Salgo de casa con sigilo y me bajo a las rocas para ver el atardecer. Este rincón no solo me encanta sino que desde la terraza del 5B no se me puede ver, así evito el peligro de que a Chris se le ocurra bajar. Después de pasar toda la mañana encerrada trabajando e investigando el asunto de la suplantación de identidad, necesito aire libre. Antes de bajar he cogido uno de los pequeños cactus que tenemos en el salón y lo he dejado en la terraza de al lado con una nota. Sé que Fran no ha salido en todo el día porque lo he escuchado susurrar y no me ha parecido oír la puerta.

Me tumbo sobre una de las rocas con los pies metidos en el agua fresca observando cómo el sol pierde luz y se esconde tras el horizonte. Se va apagando como me pasa a mí, que también me escondo sin razón. Por eso yo sí que creo que debo aclarar con Chris lo que está ocurriendo aunque Carlos, mi abogado, me pida que espere. Se va a hacer una bola enorme si no lo paramos ya.

Por no interferir en la investigación de Carlos y de Fede, en la nota no le contesto que sí a su propuesta de hablar. Me he limitado a decirle que «nada es lo que parece». Espero que se quede con el sentido literal de la frase y no le busque segundas intenciones.

Miro por enésima vez la pantalla de mi móvil. Desde que esta mañana he dado los buenos días a Ed no he vuelto a saber de él. Ni una foto, ni una llamada, ni un mensaje, nada. Decido telefonear yo aunque estén cenando o a punto de hacerlo porque aquí puedo hablar con más libertad que en casa con el miedo a que Chris me escuche.

—¡Nelita! Qué alegría escuchar tu voz —responde a mi saludo.

—Qué contento estás, Ed. Eso es que lo estáis pasando bien —sonrío y me acomodo en la roca para mantener una conversación larga.

—Lo que está bien es llegar al hotel y darse una ducha helada después del calor que hemos pasado en el Partenón. A quién se le ocurre venir a Atenas tan cerca del verano. ¿Tú cómo estás?

—Muy sola.

—Mi vida, en tres días estoy en España y estaremos juntos. ¿Ves como tenías que haber llamado a tu hermana o a la mía?

—No, no, pobres. Ya tienen sus propias vidas —iba a decir *sus propias mierdas* pero he preferido suavizarlo.

—¿Y cómo va el asunto? —dice sin nombrarlo.

—Tengo a Carlos encargado de eso. Dice que no haga nada, así que aquí estoy, trabajando y paseando por la playa. Ideal.

—Más de una pagaría por estar como tú —ríe y no le falta razón. Tampoco estoy tan mal.

Oigo gritos lejanos por el teléfono y a Ed decir «ya voy».

—Nela, te tengo que dejar. Vamos a cenar al barrio de Plaka y el autobús ya está abajo. Te

quiero.

Vaya prisas, aunque no es la conversación larga que esperaba para olvidarme un poco de estos días tan extraños, no se lo tengo en cuenta. Sé que es muy metódico y la puntualidad es tan importante para él como el comer.

Vuelvo al apartamento rodeando el edificio para entrar por la puerta de atrás evitando, no sé muy bien por qué, la posible mirada de Chris.

Al llegar, enciendo solo la luz de la cocina para prepararme algo de cenar: una ensalada y una tortilla es suficiente para mí. Me llevo la bandeja a la terraza, muy levemente iluminada por la luz del interior, y ceno prácticamente a oscuras mirando la negrura del horizonte y la inmensidad del mar. Me sobrecoge y me hace sentir una pequeña hormiga en un mundo enorme. Una razón más para no entender que alguien tan insignificante como yo sea elegida para este circo que se ha montado en torno a Chris Jordan. Me tienta llamar a Fede pero no lo hago. Debo confiar en que se pondrá en contacto conmigo cuando tenga algo que decirme. Ojalá sea pronto.

—Ssst. ¿Nela? —susurra Chris y un escalofrío me recorre el cuerpo. ¿Contesto o hago como que no estoy?

—¿Nela? —vuelve a decir un poco más alto—. Sé que estás ahí. Ven, ¿puedes acercarte a la barandilla, por favor?

Dejo la bandeja sobre la mesa y me dirijo hacia el punto en el que se unen las barandillas pero no lo encuentro.

—Abajo, estoy sentado en el suelo.

Me agacho hasta llegar a su altura. Lo siento muy cerca aunque casi no lo veo. La medianera que separa las terrazas es alta y termina un poco antes de llegar a la barandilla dejando un espacio mínimo, los centímetros que mide un canalillo en el suelo para encauzar las aguas de las lluvias torrenciales tan típicas de esta zona en otoño y a veces en primavera. Así se evita que el agua se embalse. El espacio suficiente para que podamos conversar.

—Creo que aquí no nos puede ver nadie, con todo oscuro —dice Chris—. Estaba pensando cómo hablar contigo sin estar en el mismo lugar. Nela, ¿me oyes?

—Claro, te escucho, disculpa. Estaba pensando. Sabes que no debería hablar contigo; me lo han prohibido.

Me siento recostando la espalda en la barandilla con las piernas estiradas, las manos apoyadas en el suelo y la mirada al frente. El corazón me bombea con tanta fuerza que temo que se me salga del pecho, lo cual es imposible. Dudo la razón, quizá los nervios por la situación o que hay sentimientos tantos años escondidos que tratan de salir a flote amontonados. No quiero pensar en ello ahora.

—A mí también y con razón. No nos pueden ver juntos si queremos desmentir toda esa patraña. Por eso he pensado que aquí, o oscuras, y sin salir cada uno de su apartamento, pasaremos desapercibidos y podemos aclarar todo eso. Si no hay periodistas cerca, claro.

—Aparte de los que tengo apostados en las macetas, no debe de haber demasiados —bromeo, aunque en realidad estoy cabreada por el comentario.

—Muy graciosa —dice con tono guasón—. No puedo esperar a que mi abogado me diga algo, Nela, necesito saber la verdad.

—Yo también. Por ejemplo, ¿qué haces aquí? ¿Sabías que tengo un apartamento en esta urbanización?

—No, no tenía ni idea. Iba a preguntarte lo mismo. Después de tu acoso en redes, encontrarte aquí fue flipante, Nela. Mi agente me busca un lugar donde esconderme y mi acosadora está justo al lado, ¿no te parece increíble? ¿Qué quieres que piense?

—¿Tu, qué? ¿Cómo me has llamado? —Ahora sí que me giro y lo miro muy enfadada. Me hierve la sangre y me muevo para levantarme y largarme. Su mano a través del hueco me lo impide. Me suelto y vuelvo a sentarme—. Que sepas que yo no acoso a nadie y que todo eso es mentira, ¿por quién me tomas?

—Nela, tranquila —me dice con una voz dulce y condescendiente que me irrita más—. Le dije a mi agente que estaba seguro de que no eras tú. No al menos la Nela que recuerdo.

—Hombre, gracias —le contesto irritada—. Me alegra que tengas un buen concepto de mí.

—Siempre lo he tenido.

Me recojo las piernas rodeándolas con los brazos a la altura de las rodillas y meto la cabeza entre ellas con la mirada dirigida al suelo. Nos quedamos en silencio unos minutos. La brisa marina acaricia mi nuca mientras los rizos que se han escapado del moño flojo que me hice, revolotean por el cuello haciéndome cosquillas.

—Nela —insiste, pero no contesto. Necesito ahogar la lágrima de impotencia que me resbala por la mejilla antes de que me delate en un sollozo—. Te pido disculpas por todo esto. Quien haya puesto nuestras vidas patas arriba deberá pagar por ello.

—Ya —susurro.

—Tengo a los mejores abogados con el caso.

—Pero, Fran, para ti es publicidad, ¿no? ¿Por qué te escondes?

Bufa antes de contestar a esa pregunta que llevo haciéndome desde que descubrí que mi vecino era el famoso Chris Jordan.

—Es complicado. ¿Quieres que te lo cuente?

—Por favor —suplico y apoyo mi mejilla sobre el brazo que tengo sobre las rodillas para ver su silueta entre las sombras.

14

CHRIS

Disfruto de ver a Nela a través del escaso hueco que nos deja la medianera. Mientras ella miraba al frente he podido recordar su silueta y sigue tal cual la tengo en mi mente. Los rizos escapan de la goma que sujeta su pelo y bailan con la brisa. Es una mujer de treinta y dos años y, a la vez, es la adolescente a la que traicioné con diecisiete.

Respondo a su pregunta contándole cómo Chris Jordan es un juguete que mueven otros a su antojo, que más de la mitad de las parejas que ha tenido han sido impuestas para la promoción de alguna película o cualquier otro motivo relacionado con el dinero. El que ganan otros a mis expensas. Y yo también, no lo voy a negar, por eso y porque no sentía nada por ninguna, me dejé llevar por ese mundo artificial que no me llena. Y le explico que el supuesto noviazgo con ella y las fotos que han salido juntos han fastidiado una campaña preparada para promocionar la última película después de verano y que por eso me han hecho esconderme para poder concentrarme en el trabajo.

Ya solo me queda decirle que no soy feliz en esta vida que no es la mía, que durante estos años he ido perdiendo a Fran, al que me aferraba cada día al llegar a casa, y que solo he sido Chris. Que me echo mucho de menos si es que eso es posible, y que ahora me siento frágil y tan vulnerable como si navegara subido a un tronco resbaladizo por medio del océano. Pero no se lo digo. Me ahogo en mis palabras mientras giro la cabeza hacia el lado contrario al que está ella para que no se dé cuenta.

—Debe de ser muy duro vivir así, Fran. Lo siento.

—Nada que sentir. Ahora me doy cuenta de que soy el único responsable por haberme dejado llevar por el éxito. Yo no soy así, ¿sabes?

—Lo sé. Si queda algo de Fran ahí dentro, estás a tiempo de hacer que vuelva. No sabía que funcionaba así tu mundo.

—No pasa con todos los actores. Solo a los que tenemos este éxito entre las fans. Nos compran las productoras, como a los futbolistas los clubs, y solo nos ven como un producto que da dinero. Solo somos carne. Nuestra vida y nuestros sentimientos no les importan.

—¡Vaya! No me lo puedo ni imaginar. Ya me cuesta asimilar que no seas libre ni para ir al supermercado, esto ya es muy duro. Yo no lo soportaría. Pero si has sido fuerte para resistir, podrás salir de ese mundo si es lo que deseas.

—Nela —vuelvo a repetir su nombre una vez más porque cada vez que lo hago, una oleada de calma empapa mi corazón—, ¡había olvidado lo fácil que es hablar contigo!

Alargo el brazo con intención de rozar el suyo pero me arrepiento y vuelvo a dejarlo sobre mi pierna. Todavía no sé la verdad de todo lo que está pasando y no voy a cagarla. Volveré a soñar con ella y eso será todo lo que obtenga de su cuerpo. Nada más.

Después de que Nela se fuera a dormir, me quedé una hora más en la tumbona de la terraza observando la luna. El frío que empecé a sentir fue el motivo de que me decidiera a entrar en el apartamento y me acostara. Pero el sueño no llegaba. Conté ovejitas como cuando era pequeño, leí, puse música tranquila... Hiciera lo que hiciera nada conseguía quitarme la imagen de Nela de la cabeza. No sé a qué hora me quedé dormido. Lo que sé es que ya son las once de la mañana,

no he salido a correr y el timbre de la puerta ha sonado varias veces despertándome.

Me levanto con el pelo enmarañado, los *boxer* movidos y las marcas de la almohada en la cara. No veo a nadie cuando pego el ojo a la mirilla de la puerta de entrada. Abro un poco y veo con extrañeza que han dejado unas bolsas en el suelo. Me cuesta unos segundos darme cuenta de que es la compra que le pedí a Toni. Las meto en la cocina y coloco solo lo que hay de nevera y congelador pues ahora lo que necesito es un café. Lo demás puede esperar en las bolsas un poco más.

Salgo a la terraza con el desayuno que dejo en la mesa para quedarme con los brazos libres y moverlos en círculos. Necesito desentumecerme y llenar los pulmones de aire fresco y puro. El olor a salitre penetra por mis fosas nasales y siento cómo recupero energía. Sonrío y no es por lo que acabo de hacer sino porque veo a Nela tumbada en el césped junto a la piscina, boca abajo, leyendo a la sombra de uno de los parasoles de paja. Lleva un bikini rojo que me permite ver sus nalgas redondeadas y prietas. Mueve un pie de un lado al otro, lo que me hace pensar que le gusta lo que lee. El pelo cobrizo de herencia escocesa está recogido en un moño alto que deja sueltos unos mechones que acarician su hombro derecho. Ahora mismo quiero ser ese mechón para poder besar su piel.

Me riño por pensar así de mi supuesta acosadora. Debería alejarme, entrar al salón y ponerme a estudiar.

Al darme la vuelta para coger la taza de café me doy cuenta de que en el lugar en el que ayer estuvimos sentados hay otro pequeño cactus en cuya maceta está incrustado un papel enrollado. Acordamos no darnos los teléfonos para que no hubiera nada en común entre nosotros, aparte de nuestro pasado, así que los cactus con notitas están siendo nuestro medio de comunicación.

«Fue agradable. N.».

No dice nada más ni lo necesito. Esas dos palabras me hacen sonreír y le dan luz a mi triste corazón. Vuelvo a asomarme, con el café en la mano, pero ya no está. Tendré que esperar a la noche para volver a estar cerca de ella. La promesa de su compañía, aunque sea breve y a distancia, me anima y entro al salón encontrándome mucho mejor. Acabo de guardar la compra, recojo un poco y me pongo a estudiar con mucho más ánimo, caminando por el apartamento con paradas frente al espejo de la habitación para ver la expresión facial de mi personaje.

—Ya va a hacer una semana que estoy aquí. Mi agente quiere venir el fin de semana —le comento la cuarta noche de encuentros furtivos, como le dije que los llamo a pesar de no salir de casa.

—¿En serio? Me esconderé, porque supongo que no quieres que me vea.

—Me encantaría presentarte, pero creo que no es el mejor momento. ¿Te quedarás algunos días más? —Elevo mi mano para beber del botellín de cerveza sin alcohol y disimular mi expectación ante la respuesta.

—En principio todo el verano. No tengo ninguna prisa por irme. ¿Y tú?

No sabe cómo me alegra escuchar eso.

—Tengo todo el mes alquilado, pero me iré cuando mi agente me lo pida.

—Ya. No eres libre ni para decidir cuándo volver a casa.

—Exacto.

Nela bebe de su cerveza, también sin alcohol, mientras yo cojo unos cacahuets de un plato que he dejado en el hueco que nos separa.

—¿Tienes otra? —me pide señalando al botellín—. Para no tener alcohol no está nada mal.

—Al final te acostumbras —le contesto pasándole otro botellín de las que he preparado en un cubo lleno de hielos—. Hace ya dos años que no bebo nada de alcohol, pero me cuesta renunciar

a lo refrescante que es una cerveza.

—Yo nunca. No me gusta. A veces Ed abre un vino y yo solo me mojo los labios por hacer el paripé con él. O me da una cerveza y bebo el primer trago frío, luego la dejo con la excusa de que se ha calentado. En realidad, desde las fiestas aquellas del instituto, no he vuelto a beber. A veces pienso que el que nos dieran *garrafón* fue bueno porque se me quitaron las ganas de probar más —ríe.

—¿Ed? —pregunto. Sé que hablaba de la bebida y que es un buen momento para recordar nuestra juventud, pero mi mente se ha quedado anclada en esa palabra tan corta que me confirma que no está sola en su vida, aunque ahora lo esté.

—Sí. Mi pareja.

—¡Ah! Lógico. Pensé que estabas sola.

—Eduardo está de viaje. Es profesor en un instituto y se ha ido a Grecia con sus alumnos que pasan a la universidad.

—Llevamos varios días hablando y aún no sabía ni que tienes pareja ni sé en qué trabajas.

—No tiene importancia.

Se levanta para quedarse mirando hacia el mar apoyada en la barandilla. Apura lo que le queda de cerveza y me pasa el botellín vacío.

—Se ha calentado, *puaj* —sonríe—. Me voy a dormir.

15

NELA

Madrugo para ir a caminar por la orilla al amanecer con el móvil en la mano para hacer fotos. He visto que Chris ha salido a correr hacia la derecha de la playa, así que yo me voy hacia la izquierda. Luego regresaré por el paseo y entraré por detrás para evitar cruzarnos.

Me gusta mucho esta hora de la mañana en la que apenas hay gente por la playa. Tras media hora de paseo, llego a un chiringuito en el que me quedo a desayunar mientras reviso mi *mail* y las redes sociales antes de ponerme a trabajar cuando regrese al apartamento. Me pongo muy nerviosa al ver un mensaje de Fede: «Buenos días. Tengo noticias. Avísame cuando podamos hablar y te llamo». Sé que quiere hacer una llamada encriptada y por eso no me pide que sea yo la que contacte con él. Le digo que es un buen momento y no tardo en ver un número oculto en mi pantalla. Ha llegado el momento de saber la verdad.

Imposible trabajar después de lo que me ha contado Fede. Ha rastreado como un sabueso de olfato fino y ha conseguido una muy buena información que va a consultar si puede dársela a mi abogado, ya que lo ha hecho a título particular y él trabaja como consultor para la policía. Me ha repetido varias veces hasta dónde puedo contarle a Chris. Fede es el único que sabe que estoy en contacto con él y confío ciegamente en su silencio. Aunque a decir verdad, en este momento dudo de todas las personas; ya no sé de quién fiarme.

Con lo que sé desde esta mañana paso el tiempo buscando en internet más información y tratando de buscar señales en mis recuerdos. Desde el instituto hasta ahora. Dieciséis años repasando y revisando los rincones más ocultos de mi memoria.

La puerta de al lado y unas voces me sacan de mis pensamientos. Voy a practicar la escucha atenta para saber de qué habla Chris con el que supongo que es su agente, a ver si ellos ya saben lo que yo sé.

Oigo ruidos por el interior de la casa que acaban en la terraza. Con sigilo salgo fuera y me siento en la mesa de la esquina más cercana a la medianera donde, además, no pueden verme.

—¿De qué te quejas si estás de puta madre aquí, Chris?

—Ya, eso lo dices porque no has pasado una semana completamente solo, Toni. No me vaciles, tío.

—¿Has podido estudiar? ¿Cómo llevas el papel?

—A ratos. He estado pensando mucho en... ya sabes. ¿Alguna novedad?

—Sí. A ver...

Agudizo el oído porque Toni baja la voz. ¿Le habrá dicho Chris que no hable en alto por mí?

—...creemos que no es Manuela Murray —continúa Toni—, que alguien se ha hecho pasar por ella. Eso creen los abogados. Ahora falta saber quién es y, sobre todo, por qué.

—Me alivia saberlo. Estaba seguro de que Nela es incapaz de hacer algo así, por muy desesperada que pudiera estar.

¿Desesperada? ¿Pero qué dice? Me remuevo incómoda en la silla. Oigo cómo arrastran las suyas para levantarse.

—Venga, que te he traído comida para no tener que salir. Mañana pedimos una paella, ¿te parece?

—Perfecto, Toni. Vamos.

Aprovecho que se van para dejar con disimulo la nota que tengo preparada metida en una maceta pequeña de otro cactus, para que el agente no la vea. Solo Chris se dará cuenta de que está en la esquina de nuestras conversaciones.

16

CHRIS

«¿Tienes noticias? Yo sí. Por fin puedo probar mi inocencia. Esta noche cuando la oscuridad nos esconda, te lo cuento. Si te interesa conocer la verdad. N.».

Releo varias veces sonriendo por la insinuación de que ella no tiene nada que ver en el asunto, aunque ya me lo ha dicho Toni. Solo falta saber quién está detrás de todo este lío. Pero sobre todo sonrío ante la certeza de que tengo otra cita con ella, si así podemos llamar a sentarnos a cada lado de la medianera de la terraza para conversar a escondidas. Tengo que decirle que hoy no puedo, con Toni aquí, y tendrá que esperar a que se vaya. Escribo una nota rápida diciéndole que lo dejamos para mañana, aunque muero por saber qué tiene que contarme, y la meto en la misma maceta para dejarla al otro lado del hueco.

Toni y yo nos pasamos el sábado hablando y ensayando algunas partes del guion. Me convence de que haga la película aunque no cumpla mis expectativas, que es mucho dinero y, si quiero, luego me tome un descanso o me vaya al extranjero a hacer alguna formación o hasta puede que me consiga una película de culto. Acepto. Estaba claro que no me iba a negar. Pero me insiste en que el éxito de la película depende de que se pueda hacer la campaña de promoción como estaba prevista, con María de pareja y no Nela, a la que hay que borrar del mapa. Pobre Manuela mía, si ella supiera todo esto.

El domingo por la mañana salimos los dos a hacer ejercicio al amanecer y darnos un baño en el mar. Ya se ve algo más de gente que la semana anterior pero ni de lejos lo que esto debe ser en pleno verano si tengo en cuenta la cantidad de edificios que observo desde dentro del mar. La suerte es que esta urbanización está algo más aislada, entre las dunas, con una zona rocosa a un lado que la separa de la siguiente zona.

Por fin Toni se va a media mañana y me quedo solo. De haber renegado de la soledad y el encierro, he pasado a desearlo. ¿Tendrá Nela algo que ver? Necesito descansar de mi agente y de toda su cháchara mientras disfruto de un zumo de frutas en la hamaca de la terraza con música suave y una novela entre manos.

Tras la cena, me siento en el rincón de los días anteriores esperando que Nela haga lo mismo. Aunque parezco distraído mirando el móvil, estoy alerta. La siento como un bulto oscuro que se aproxima hacia la barandilla del apartamento de al lado y se agacha hasta quedar sentada a mi altura.

—Buenas noches —me saluda con voz temblorosa. ¿Está nerviosa? Será gordo lo que me tiene que confesar.

—Hola. ¿Qué tal tu día? —me intereso aunque las ganas de que me cuente me queman por dentro.

—Muy tranquilo. Después de hablar con un amigo por teléfono, he bajado a la piscina y luego he estado trabajando —contesta escueta.

—Aún no sé de qué trabajas —le reprocho de nuevo aunque sé que estoy alargando el momento y los nervios por saber qué me tiene que contar me oprimen el pecho.

—Eso no es importante, Fran. Lo que te voy a decir sí lo es, pero...

—No me asustes, pero ¿qué?

—Te diré algo resumido porque forma parte de la investigación y no puedo dar nombres. Acepta el trato o no cuento nada. Solo es para que no creas que estoy detrás de esto.

—Nunca lo he creído, ya te lo he dicho. Acepto tu trato si tu abogado se lo cuenta al mío. Confidencialmente.

—Se lo diré. Aunque no ha sido mi abogado el que lo ha descubierto. —Se calla para aclararse la garganta; está nerviosa—. Ha sido un amigo. Uno que es *hacker*.

Ahora sí que flipo.

—Muy resumido: creemos que es alguien del entorno de Eduardo. No puedo contarte más. Y antes de que me preguntes, tampoco sabemos la razón. Mi amigo solo sabe de informática, no de las motivaciones humanas.

Respiro tan hondo que Nela se gira para mirarme, esperando mi respuesta.

—¿Fran? ¿Estás bien? ¿Me has escuchado, verdad?

—Sí, todo. Yo quería contarte que mi agente me ha comunicado que ya saben de tu inocencia.

—Estupendo. Entonces ya podemos dar la cara —dice contenta.

—Todavía no. ¿Lo sabe Eduardo?

—No lo creo. Mañana hablaré con él para tantear.

—Hay que averiguar quién es esa persona y que corte todo. Si lo sabes, dínoslo.

—Ya te he dicho que no. Se ha tratado con datos que ha conseguido mi amigo y por eso no me los ha dicho; no puede hacerlo. Nos podría caer una gorda encima. Me dice mi amigo que puede que si denuncias, consiga que le asignen el caso al grupo con el que trabaja. No tengo ni idea de cómo va esto, la verdad. Lo dejo en manos de mi abogado.

—Nela —Me mira al oír su nombre y le sostengo la mirada. Creo que podría sumergirme en esos ojos que ahora parecen negros por la oscuridad de la noche. Alargo mi brazo y esta vez no me retiro hasta alcanzar el suyo y acariciarlo—. Gracias.

17

NELA

Siento el calor de su mano sobre mi brazo cuando me dice «Gracias». Me acaricia suavemente con el dedo pulgar dejando que mi cuerpo se electrocute por momentos. Y no solo por la caricia. La dulzura de su voz me transmite calidez y verdad, y su aroma me envuelve y me reclama.

«No, Nela, no cedas a esa atracción. Ya os sentáis mucho más juntos que el primer día. Esto no está bien», me digo. Pero no me hago caso.

Dejo que siga acariciándome en silencio, acunada por su respiración, mientras una idea me viene a la cabeza: Ed no ha estado demasiado preocupado por lo de la suplantación de identidad. O de verdad pensaba que era yo o sabe de dónde ha salido y lo ha permitido. Un escalofrío me recorre la espalda ante la idea de que no puedo confiar en él. En Ed. En el hombre perfecto de la pareja perfecta. ¿Y si no lo somos?

—¿Estás bien? —pregunta Chris—. Estás temblando.

—Me ha dado un escalofrío; ya refresca.

—Espera, no te muevas.

Se levanta y trae una colcha de sofá que tira por encima de la medianera para que me tape.

—Gracias —digo enternecida por el gesto y una carcajada sigue a mis palabras.

—Siempre me encantó tu forma de reír, pero ahora no sé a qué viene —dice cuando recupera la respiración después de haberle contagiado la risa.

—A que esto es absurdo, ¿no crees? Aquí pegados a un hueco de la pared como si estuviéramos en una cárcel.

—Sí, visto desde fuera es ridículo. Tengo una idea.

—A ver —el corazón me da un brinco ante la expectación.

—Vente mañana a cenar. Con las luces apagadas. Puedes pasar de un piso a otro camuflada. Soy experto en eso.

Me río de nuevo y él vuelve a colar la mano para coger la mía.

—No sé si es lo correcto —contesto.

—Tonterías, Nela. Somos amigos del instituto, nos conocemos desde hace muchos años y Toni me ha traído unos *tuppers* con comida que hace su mujer y te aseguro que Ana cocina muuuy bien. Por cierto, ¿alguna alergia, intolerancia, manía?

—Mmmm, una manía: yo llevo el postre —contesto riendo por su pregunta.

—Escuchar tu risa es como volver a los diecisiete. Ahora soy un poco más Fran. Gracias, Nela.

Nos quedamos mirándonos a través del hueco. No necesitamos más para hablarnos con los ojos, para que nuestros pensamientos se mezclen en el aire y bailen con los recuerdos, para que nuestras respiraciones se agiten y acompasen mientras las miradas bajan a los labios, que humedezco con la punta de la lengua.

Un móvil vibra sin que le hagamos caso. Es el mío. Parpadeo y pido disculpas a Fran al que le doy las buenas noches al ver en la pantalla que es Ed el que llama.

—Hasta mañana —me dice en un susurro.

Tengo que respirar un par de veces antes de contestar la llamada, ya dentro del apartamento, para recomponer mi interior como quien se ajusta la ropa después de haber estado besándose en

la playa. Solo que no hemos hecho nada y me pregunto qué ha pasado ahí fuera.

—Cariño, ¿cómo estás?

—Como has tardado —me responde con la voz gangosa.

—Estaba a punto de meterme en la cama. Es tarde. ¿Estás bien?

—Muuuy bien. Solo te llamo para decirte que te quiero —dice a trompicones. Escucho risitas tras él que deben de ser de sus alumnas, aunque me parece del todo inapropiado—. Largaos de aquí —grita.

—¿Estás bien, Ed? Creo que deberías acostarte.

—Muy bien, pequeña. Te echo de menos. Eres la mejor, ¿lo sabes, verdad?

Entonces, se echa a llorar ante mi más absoluto desconcierto.

—Ssssr, Ed, tranquilo. ¿Ha pasado algo? Debes de estar muy cansado. Venga, cariño, que ya no te queda nada para volver.

Sé que no me escucha porque está siseando algo que no acabo de entender. Seguro que ha bebido mucho. Solo espero que esté en su habitación y se acueste de una vez.

—Te juro que no sabía nada —creo que dice entre sollozos.

El matemático perfecto que lo tiene siempre todo controlado ha sucumbido a lo que sea que haya bebido. No me va el ejercer de madre, no soy su guardiana, ni siquiera estamos casados aunque lo llame *mi marido*. Algo dentro de mí me dice que esta separación tan rara ha abierto una brecha entre nosotros.

El llanto da paso a los ronquidos que son cada vez más lejanos. Ha debido de dejar caer el móvil, imagino.

—Ed, Ed, ¿me oyes?

Nada. Decido cortar la llamada pero no apago el teléfono por si hay alguna urgencia.

Esta noche me duermo enseguida. Sé que debería estar preocupada por Eduardo, sin embargo, en mi mente revivo la calidez de los últimos minutos con Fran, porque esta noche no era Chris, desde que me puso la colcha. Qué digo, desde antes. Quizá desde el primer día que lo vi aquí. O puede que desde hace diecisiete años cuando yo aún era bastante cría y me enamoré de él. Con ese pensamiento y su caricia caliente aún sobre mi brazo, me duermo sonriendo.

18

CHRIS

Ha tenido que interrumpir el Ed de las narices. Ya me cayó mal solo por ser pareja de Nela, pero es que después de saber que está implicado en el asunto del acoso que sufro, mejor dicho, sufrimos ella y yo, lo odio. Mañana llamo a Toni para ponerle al día y que nuestros abogados se comuniquen entre ellos.

Estaba siendo una de las veladas más bonitas de mi vida, a pesar de estar sentados en el suelo y con un delgado muro separándonos. Estar junto a ella, volver a sentirla cerca, su voz y todo lo que es, me ha devuelto las ganas de recuperar a Fran. Vine pensando que esto sería una cárcel y ha resultado ser el oasis que me ha dado paz y energía.

Me gustaría verla de día, y no solo cuando está lejos. Hablar como personas normales, poder tocarla, reír con ella. Pero soy consciente de que tiene su vida hecha y yo sobro. No soy más que la anécdota del verano. Sin embargo, lo que siento es verdadero y tengo que intentarlo. Despacio, pero sin pausa. Mañana le prepararé una cena que no pueda olvidar y, aunque estemos a oscuras, al menos estaremos juntos, sin medianera que nos separe.

A las siete de la mañana ya estoy trotando por la playa. Tengo una nueva motivación en mi vida que me llena de energía. Tengo tal subidón que corro dos kilómetros más de lo habitual. Cuando regreso a la zona de la urbanización, dejo mis cosas ocultas y me meto todo lo rápido que puedo en el agua del mar para que nadie pueda reconocirme. Nado hasta la extenuación. Me dejo llevar por la corriente para descansar con el cuerpo flotando boca arriba, el frescor del agua en la espalda y la calidez del sol, que empieza a apretar, sobre la cara y el pecho. Reacciono al oír voces cerca de mí y me largo nadando hacia la zona de la playa que hay delante del apartamento.

Nela está asomada y me saluda con timidez desde su terraza. Contesto con un leve gesto de cabeza para no llamar la atención de nadie, recojo mis cosas y subo para ducharme y estudiar al menos dos o tres horas.

Nos cruzamos. Lo sé porque salgo a la terraza con la esperanza de verla pero ya no está. La veo a lo lejos, con su bikini rojo, entrando al mar. Se gira antes de zambullirse y me saluda coqueta. ¿Juega conmigo? Que no lo intente porque en seducción me las sé todas, por experiencia y por lo que me han enseñado los papeles de galán de moda del cine español.

¡Si ella supiera la de veces que he actuado para ligar! Entre mi atractivo, no porque yo diga de mí que sea guapo sino porque sé que atraigo a las mujeres, y el papel de seductor, no hay chica que se me resista.

La media sonrisa canalla que pongo se me borra de un plumazo cuando me doy cuenta de que ese es Chris. Y con Nela no quiero serlo. Solo Fran, sin juegos, sin querer ligar por mi cuerpo, sin disfraces ni capas que escondan al verdadero yo, al puro, al natural, al chico que la dejó en pleno viaje de fin de curso por liarse con su archienemiga solo porque ya era popular. Salir en una serie juvenil, ese era todo el mérito que tenía para crearme más que el resto.

La perdí por tonto y engreído.

Ya sabía que Nela no era como las demás y no querría estar con un tonto al que se le ha subido el ego porque es guapo y sale en la tele. Ella me conoció cuando aún era un tirillas, incluso feucho, con aparato dental y granos. Y me quiso así. Fui yo el que traicionó sus valores mientras

que los de ella se mantuvieron intactos.

La veo salir del agua y solo pienso en que llegue la noche para poder pedirle perdón. Aunque piense que he tardado quince años en hacerlo.

Escucho suaves golpes en la puerta y el corazón se me para porque sé que es ella. Parezco un chaval en su primera cita que se mira varias veces en el espejo de la entrada para colocarse el flequillo y estirar la camisa antes de ver a su chica, porque eso es precisamente lo que estoy haciendo. Me ruborizo al darme cuenta.

—Hola —dice con timidez.

—Bienvenida, pasa.

Disfruto de lo que veo: Nela está preciosa. Su pelo cobrizo cae suelto hasta cubrirle los hombros y va ligeramente maquillada. Eso me encanta. Estoy saturado del exceso de maquillaje y botox de las actrices y modelos que me rodean en el trabajo. La naturalidad me atrae mucho más. Lleva un vestido en tonos verdes que se le ciñe de cintura para arriba y cae en una falda larga y vaporosa hasta los pies, con una abertura que deja ver las piernas cuando camina. Esas piernas largas y pecosas que me enamoraron cuando se ponía *shorts* cortos en los años del instituto. El deseo de besarlas lo corroboro con la dureza que me aprieta el pantalón.

—Dame eso —le digo tomando el paquete que lleva entre las manos.

—¿Puedes dejarlo en el congelador? —me dice y me alegra ya que voy a poder enfriar mi calor genital cuando abra la nevera y, de paso, beberme un vaso de agua fría.

—¿Es helado?

—Sí, para el postre. No sé qué te gusta ahora así que he comprado de diferentes sabores.

—Me gustan todos. Me chiflan los helados artesanales.

—Ya —afirma apoyada en la encimera de la cocina mientras los guardo en el congelador, dándole la espalda para que no note mi rubor—, eso aún lo recuerdo —ríe—. La de horas que pasábamos en la heladería del barrio, ¿te acuerdas? Nos llamaban Sandy y Dani por *Grease*.

—¿Es verdad! Nos molestaba mucho. El cabrón de Lucas se lo inventó —sonríe con los recuerdos de esa época que ahora se me antoja tan feliz—. ¿Qué sabes de él? Hace mucho que no hablamos.

—Seguimos en contacto, sí. Claro, tú has faltado a todas las reuniones del instituto. —Nela coge el vaso de agua fría que le he servido junto al mío y sale con él a la terraza—. Te has perdido muchas cosas, Fran.

La sigo con las emociones a flor de piel, y no solo por los recuerdos. Mi verdadero nombre dicho por ella es como música en mis oídos. Me devuelve a mis momentos más felices.

—¡Oh! —sigue hablando ella—, qué mesa tan bonita has preparado.

—Sí, hay de todo en este apartamento. Toni ha elegido bien.

—¿Lo hace todo por ti?

—Casi todo —reconozco—. No sabes lo cómodo que es levantar el teléfono y pedir lo que deseas. Cuesta dinero, pero quita problemas.

—No sé qué decirte. Para mí, el viaje por ejemplo empieza desde que te pones a buscar vuelos y hoteles. Si me lo dan todo listo pierde gran parte de la gracia.

—Ya —reconozco lacónico—. Si te gusta la mesa mírala bien porque en cuanto se vaya el sol estaremos casi a oscuras.

—No sé si sigue siendo necesario. No hay nadie por aquí.

—Por si acaso, no te asomes —le pido, aunque sé que tiene razón.

Nos sentamos a la mesa iluminada con dos velas que he encontrado en un armario y la tenue luz que llega desde la cocina.

—Es una cena sencilla gracias a la mujer de Toni. Como te dije, para que no salga me ha traído una neverita con varias cosas. Mira, ensaladilla rusa, las famosas croquetas de Ana, tortilla de patata, y jamón ibérico. ¿Qué te parece?

—Maravilloso. Soy fan de las croquetas.

—Me acuerdo de eso, como tú de mis helados. —Me guiña el ojo por la coincidencia—. Cada vez que salíamos en grupo teníamos que alejarte de las croquetas para que no nos dejaras sin probarlas a los demás.

Se ríe con una fuerte carcajada y una idea me pasa por la cabeza: cómo hubiera sido mi vida de haber seguido con esta mujer que lo ilumina todo con su presencia.

19

NELA

La cena, de tan sencilla, me parece maravillosa. El haber nombrado a Lucas ha abierto el tema del instituto y las anécdotas empiezan a salir a borbotones de nuestras cabezas, aderezadas con carcajadas de las buenas, esas que lanzas sin malicia, desde el fondo del corazón, sanadoras y puras.

—¿Y cuándo te pusiste a hacer acrobacias en la carrera de bicis para impresionarme? Menudo castañazo te diste, Fran. Estuvimos riéndonos durante meses.

—¿Cómo que para impresionarte, creída? Quería demostrar mis habilidades a mí mismo, mal pensada.

—Ya será menos —me río.

—Además, de gracioso nada. Que no me pude sentar en un mes del moratón que llevaba en el trasero —dice enfurruñado sin poder esconder la sonrisa que adivino debajo de su puchero.

—Mmmm, ese trasero que han visto miles de españolas —bromeo recordando una de sus películas que dio mucho que hablar por una escena en la cama donde se le veía casi todo, tal como su madre lo trajo al mundo.

—¿Lo viste? —dice acercándose a mí para verme mejor la cara sorteando así las sombras.

—Quién no— sonrío pícara guiñando un ojo.

—Pues no era el mío—se echa hacia atrás muerto de risa—, pero guárdame el secreto, por favor.

—Venga ya, no te creo.

—Precisamente tú deberías haberte dado cuenta.

—Eh, tío, con lo que presumí entre mis amigas de haberlo catado. Es verdad que antes eras más flacucho, pero ya podías presumir de tener un buen trasero.

—Hasta aquí puedo leer —dice y se levanta para empezar a recoger la mesa. Me levanto tras él, con la servilleta en mano con la que le doy en la espalda.

—Eh, no huyas, esto tienes que contármelo.

—¿Quieres comprobarlo? —dice sacando el culo al llegar a la cocina—. Mira, ponemos el video de la película y comparas.

Se mete los dedos gordos de la mano por la cinturilla del pantalón como si se lo fuera a bajar y yo siento a la vez vergüenza, risa y un calorcito en el centro de mi cuerpo que me asusta. ¿Por qué estará tan bueno? Vaya pregunta. Lo está y si no tuviéramos esta extraña historia, no me importaría volver a pasar una noche con él. Aunque solo fuera una vez. «¿Yo estoy pensando eso? Nela estás fatal», me reprendo recordando que tengo pareja formal, aunque apenas me roce ya.

—Te has ruborizado —dice después de soltar una carcajada.

Le pego con la servilleta en la cabeza, ruborizada sí, pero muy digna, y le riño como a un chiquillo.

—Eres lo peor, Fran. Te voy a castigar sin helado, ea.

—Castígame pero de otra forma —le oigo decir en voz baja y me pongo más roja aún pero ya no me ve porque me agacho para abrir el congelador y sacar el postre—. ¡Uf!, esa postura ya es un castigo.

Ahora soy yo la que suelta la carcajada al levantarme. Menos mal que solo hemos bebido agua y cerveza sin alcohol porque el ambiente se caldea sin ayuda. Saco el helado a la terraza seguida por Fran que lleva una bandeja con cuencos y cucharas.

Abro todos los helados sobre la mesa baja que hay frente al sofá donde nos acomodamos y sirvo una mezcla de sabores en cada bol.

—¡Qué bueno es reírse! —comento con un suspiro que renueva el aire de mis pulmones.

—Sí, y qué poco lo hacemos. Por lo menos yo. Siempre trabajando.

—¿Siempre? ¿No descansáis entre rodaje y rodaje?

—Sí, pero hay trabajo de otro tipo como reuniones, leer guiones, prepararnos tanto física como mentalmente, hacer *castings*, recibimos clases, y lo peor de todo, la promoción. No solo cuando sale la película, también el resto del año hay que estar en los medios, dar entrevistas, acudir a fiestas...

—Lo que a cualquier otro le apetecería —río pero no me sigue. Su rictus refleja amargura.

—Es muy pesado. Y eso que yo he estado muy al margen. Hay compañeros que se han metido en rollos de droga y otros asuntos. Por eso dejé de beber. Ya sabes, una cosa lleva a la otra y hay que ser muy fuerte para que no te sobrepase.

—Es admirable.

—Gracias. ¿Y tú? Ya basta de hablar de mí.

Es cierto que todavía no he satisfecho su curiosidad sobre mí a pesar de haberme preguntado varias veces.

—Hay poco que contar. Estudié informática, entré en una gran empresa, me fui a los seis años y desde entonces soy autónoma —resumo.

—¿Y te dedicas a...?

—Páginas web. —Me callo que soy experta en seguridad informática aunque no ejerza para que no piense que tengo relación con la suplantación de identidad.

—Y te casaste. ¿Hace mucho?

—¿Con Ed? No estamos casados. Llevamos juntos desde la universidad. Él es matemático y da clases en un instituto.

—Os queréis mucho, es el amor de tu vida y blá, blá, blá. La típica historia.

—¿Y a ti qué más te da? —río y le doy un codazo—. No sé por qué hablamos de esto. Era más divertido contar anécdotas del instituto, ¿no crees?

—Me costó mucho olvidarte, Nela, por eso es importante para mí. Seguro que no te haces una idea de lo mucho que te he echado de menos. Desde que dejamos de vernos al volver del viaje de estudios me he peleado conmigo mismo, insultado, reñido, todo por haberte dejado escapar de esa manera tan estúpida. Además, —se calla un momento, mira hacia el reflejo de la luna en el mar y sigue—, nunca te pedí perdón. Quiero hacerlo ahora, Nela. Te pido perdón por haber puesto mi ego por encima de mis sentimientos y haberte hecho daño.

La bomba que acaba de caer sobre mi cabeza la siento como si toda yo se hiciera añicos. Tardé meses en recomponer los pedazos rotos de mi corazón traicionado, eso es cierto, pero creo que de nada sirve ahora traer esos recuerdos. El pasado no se puede borrar, yo no soy la Nela de entonces ni él ha sido Fran todos estos años. Era su personaje. Aun así, duele.

—¿Nela? —me llama al verme tan callada.

—Fran, no hace falta esto. Te perdoné hace muchos años, aunque no me lo pidieras. Te perdoné cuando comprendí que no fue una traición, sino una elección. Yo nunca he tenido cabida en la vida de Chris Jordan, ni ganas. De verdad. Mi aspiración era, y es, una vida tranquila. Por eso también dejé la multinacional. Quiero vivir a mi ritmo, no al que me marque nadie. Tú

elegiste a Chris y yo elegí a Nela —le digo esta última frase enfrentando su mirada gris y noto el brillo del agua en sus ojos.

Una lágrima le cae por la mejilla. Podría estar actuando, pero no. No lo creo. Se la borro con mi pulgar y él aprovecha para cogerme de la muñeca y besar la palma de mi mano.

—Supongo que esa tranquilidad la has encontrado con ese tal Ed, al que envidio con toda mi alma —afirma y yo asiento con la cabeza mientras retiro la mano de la suya.

—Debería irme.

—Sí, lo entiendo. Mañana hablaré con Toni a ver si nuestros abogados pueden hablar y acabar con esto cuanto antes. Necesitamos volver a nuestras vidas.

Lo escucho con un gran dolor de corazón. Hemos vivido un sueño durante un momento y toca volver a la realidad. Siempre habrá una medianera que nos separe como la de la terraza, me da igual que sea Ed, la profesión de Fran, lo que sea. Parece que nunca podamos disfrutar juntos y lo de esta noche ha sido un espejismo.

Contesto con un lacónico «Gracias por la cena. Buenas noches», y desaparezco del apartamento.

20

CHRIS

A pesar de que Nela se ha ido, la sigo sintiendo en el ambiente que permanece cargado con un montón de emociones no expresadas. Abro todas las ventanas en un intento fallido de que el aire aligere la densidad que siento en este espacio sofocante. Sigue ahí porque en realidad soy yo el que está sobrecargado. Me pongo el bañador y salgo al mar.

Desde el agua no me puede ver pero yo a ella sí. Ha encendido las luces y adivino su silueta por detrás de las cortinas. A los pocos minutos se queda todo apagado a excepción de una pequeña lámpara en el salón. Se debe de haber ido a dormir. Ojalá lo consiga.

Cuando logro refrescar mi cuerpo, decido salir a secarme al aire de pie en la arena mientras observo la luna. Por momentos pienso si lo que me hace sentir el rencuentro con Nela no es más que esa espinita que me quedó clavada, la culpa de haberla dejado marchar por mi traición. Me da miedo dar un paso adelante y quedarme vacío después porque siempre he pensado que soy incapaz de querer a nadie.

Si es cierto que nunca he amado a ninguna de mis parejas, también lo es que jamás he sentido esta quemazón que tengo dentro cuando pienso en Nela, y más aún cuando estamos cerca.

Paso la noche tumbado en la cama boca arriba con las manos debajo de la nuca mirando al techo y sin dejar de pensar. Son las seis de la mañana y ya no aguanto ni un minuto más con esta inquietud. Salgo a correr después de tomar un café y de dejarle un mensaje a Toni de que me llame en cuanto se levante.

Regreso más relajado como cada vez que expulso mis tensiones con el ejercicio. Salgo de la ducha a toda prisa en cuanto escucho el móvil que he dejado junto al lavabo del cuarto de baño.

—Toni, perdona las horas de mi mensaje; espero no haberte despertado. Tenemos mucho de qué hablar. ¿Sabes algo nuevo?

—No mucho. ¿Estás bien?

Salgo a la terraza con apenas la toalla rodeando mi cuerpo desnudo. Antes de contestar a Toni echo un vistazo a la terraza de Nela para asegurarme de que no está y poder hablar más tranquilo. Me asomo por la barandilla y la veo en la playa paseando.

—Sí, Toni, estoy bien —respondo—. Tienes que decirle a nuestro abogado que se ponga en contacto con Carlos Pacheco, que es el que le lleva el caso a Manuela Murray. Ellos sí que tienen información pero por lo visto la han obtenido de manera extra oficial y no podemos usarla, pero sí que puede conseguir que la persona que la ha encontrado colabore. Para mí esto es un lío que no entiendo, pero si hablan los abogados tal vez podamos deshacer este embrollo y volver a la vida normal.

—¿Tan desesperado estás? No te vi tan mal hace dos días. Y, por cierto, ¿has hablado con Manuela Murray o me lo ha parecido a mí? ¿De dónde has sacado todo eso que me estás diciendo?

—Sí, hemos hablado. Ya te lo contaré otro día.

—No, ahora. Te dije que no contactarais. ¿Te ha llamado ella?

—Eso ahora no importa. Te repito que ya te lo contaré: ahora no puedo hacerlo. Lo importante

es que ha averiguado que le han suplantado la identidad, como ya suponíamos, y cree saber quién. Sospecha que es alguien del entorno de su marido, o pareja... lo que sea.

—¿En serio? Cuéntame más.

—No sé nada más. Y aunque lo supiera no te lo diría por teléfono. Habla con el abogado y me llamas en cuanto tengas algo.

—Bien, no te pregunto más, pero mantente escondido y no vuelvas a contactar con ella por lo que pueda pasar. Mañana tengo una reunión con la productora y debemos tomar decisiones ya.

—Gracias, Toni. Por cierto —le digo antes de que cuelgue—, dile a Ana que sus croquetas como siempre son las mejores.

—¡Adulador! —se rie y cuelga.

Estiro el cuello y echo mis hombros hacia atrás para liberar tensiones. Entro al salón, escribo una nota para Nela que dejo en nuestro rincón con uno de sus cactus y me voy a vestir. Quiero estudiar tres escenas antes del mediodía, si mi cabeza pensante me deja. Preparo todo, el guion, el audio que me pasó Toni, un vaso de agua y hago las respiraciones que nos enseñaron en la escuela de actores para meterme en el papel.

Trabajo hasta las tres sin darme cuenta del tiempo que ha pasado. Ni el hambre me ha avisado de la hora, solo el *bip bip* del móvil. He estado tan metido en el personaje que no he escuchado los mensajes anteriores, todos de Toni. Me cuenta que ya están los abogados en contacto y que me anime, que todo pinta bien. Podremos seguir con el paripé de noviazgo con María Toledo para dar morbo a la gente y que vayan a ver la película como si una de esas escenas de ficción fuera la que nos enamoró de verdad para, dentro de unos seis meses, anunciar nuestra ruptura. Seis o los que la productora considere según la caja que haga la película.

Respiro tranquilo por saber que todo esto finalizará pronto y por algo más. Una decisión que he ido tomando estos días y que ya estaba dentro de mí cuando llegué a este lugar pero no la quería ver. Este retiro forzado no ha sido una cárcel sino una liberación. Porque esto es lo que quiero: libertad, a pesar de no haberme podido mover con la soltura que desearía. Y ha sido bueno porque no salir al pueblo, ni a comer fuera, ni a las tiendas, me ha dejado tiempo conmigo, de Chris con Fran, de vivir sin capas ni disfraces. Los momentos de playa, solo, y las sesiones de terraza ante la inmensidad del mar han sido la combinación perfecta para sentir que no soy nada más que una minúscula gota en el océano; y nada menos que una gota tan necesaria como las demás para que exista dicho océano.

Y Nela.

Sin ella es posible que todas estas reflexiones no hubieran pasado de ser pensamientos que van y vienen. Sin ella, lo más seguro es que hubiera insistido a Toni que me sacara de este apartamento que consideré prisión. Sin ella, no tendría este nudo en el pecho que quiero deshacer y, en lugar de eso, siento que cada vez me oprime más al recordar que está comprometida y nunca traicionará a su pareja. Como dije, soy la anécdota del verano para ella; algo que contar cuando me vea en las revistas o en programas en los que se hable de mí.

Aunque eso ya no va a ocurrir. Esta será la última película. Quizá no deje la carrera de actor para siempre pero sí este tipo de trabajos. Tengo el dinero bien invertido gracias a mi padre y seguro que puedo encontrar una ocupación que me libere de la estresante vida de Chris. Como dijo Nela, ella eligió una vida tranquila, se eligió a ella. Ha llegado el momento de que yo elija a Fran.

Lo que no sé es cómo se lo tomará Toni. Ya se lo contaré cuando me vaya de aquí.

21

NELA

Cada vez que levanto la mirada por encima de la pantalla de mi portátil, la veo. Sé que junto a mi cactus hay una nota y me resisto a levantarme y leerla. La noche de ayer me ha dejado muy tocada y ni con el ejercicio y el paseo por la orilla, cuando me he asegurado de que Fran estaba de vuelta en su apartamento, he logrado deshacerme de esta sensación agri dulce que me tiene atrapada.

La regresión al pasado que hicimos contando anécdotas fue más que un rato de diversión. Eso me pasa con el resto de la pandilla en las reuniones anuales. Cuando acaba, cada uno a su casa con el corazón lleno de cariño y los pulmones renovados de tanta risa. Ayer fue así pero hubo más. Esa sensación que me acompaña siempre de que mi relación con Ed es muy práctica, nos queremos y no tenemos problemas de convivencia, pero que el amor me lo dejó en ese Fran que se esfumó para convertirse en Chris, ayer se hizo certeza.

Una certeza que me oscurece la mirada y niebla los recuerdos de una noche que pudo ser memorable. En lugar de quedarme con lo bonito, con lo que compartimos, mi mente solo piensa en lo que no puede ser. Porque una relación con Fran es imposible, y con su personaje, Chris, no la quiero. Ni creo que él la desee. Hizo su elección y somos el resultado de nuestras decisiones.

Más tarde veré qué dice la nota de hoy. No quiero saberlo todavía.

Esta determinación de no levantarme me ayuda a trabajar toda la mañana y avanzar en la web de la inmobiliaria. He creado tres diseños diferentes para que mi clienta elija, lo que me da unos días libres. Mientras se decide, puedo permitirme no trabajar. Estoy a la espera de que me respondan a tres presupuestos que envié días atrás, pero eso será trabajo para después del verano, así que estoy bastante tranquila.

Miro el móvil de nuevo para comprobar que Ed no ha respondido todavía a mis «buenos días» diarios. Le llamo porque estoy preocupada pero sale el audio que informa de que el móvil está apagado o fuera de cobertura. ¡Qué raro! Hasta mañana no vuelan de vuelta a España. No quiero preocuparme. Entre la falta de noticias de Ed, el asunto de la suplantación de identidad y lo que me hace sentir Fran, no consigo concentrarme en nada más.

Me preparo algo de comer y pongo una serie en el televisor que me distraiga; hoy no me parece buena idea salir a la terraza por más que me apetezca.

Son las seis cuando abro los ojos con un dolor de cuello tremendo por culpa de la mala postura con la que me he quedado dormida en el sofá. Los restos de la comida esperan sobre la mesa de centro a que los retire y el televisor me devuelve unas imágenes de un capítulo de la serie mucho más avanzado del que me tocaba haciendo un involuntario *spoiler* que me fastidia.

Estiro los brazos y la espalda antes de levantarme a poner un poco de orden. Mi móvil sigue sin ofrecerme ninguna información sobre Ed. Si hubiera pasado algo ya nos habrían llamado del instituto, supongo, así que decido que no debo preocuparme. Aún. El único mensaje que tengo es de Carlos, mi abogado, diciendo que está en negociaciones con el de Chris y que todo va bien.

Chris.

Leer su nombre me recuerda que tengo un mensaje en el cactus pendiente de leer desde esta mañana. Salgo a la terraza con la esperanza de que no lo haya retirado. Siento una punzada al desdoblar el papelito que todavía no quiero interpretar y me recuerdo que no puede haber nada

entre nosotros. Solo es un juego.

«Lo pasé muy bien anoche. ¿Repetimos? Te espero a las ocho en la playa junto a las rocas. Yo llevo la cena. F.».

Mi corazón da saltos de alegría mientras una sonrisa se dibuja en mis labios. Sé que jugamos con fuego pero no me importa y eso es lo que más me asusta, esa sensación de que me da igual, de que nos lo debemos.

Un poco antes de las ocho me asomo por el lateral de la terraza desde donde puedo ver la parte de la playa que termina en las rocas gracias a que mi apartamento hace esquina. Veo a Fran colocar una manta enorme y me pregunto qué pretende. Bajo preparada para el posible frío que traiga la noche y los nervios atados en la punta del estómago con la esperanza de mantenerlos a raya.

Se levanta en cuanto me ve y me recibe con un beso en la mejilla mientras me roza la mano derecha con los dedos.

—Bienvenida, señorita —dice haciendo una reverencia como si me diera paso a un salón. Me descalzo y dejo las zapatillas junto a las suyas para entrar en la manta.

—Gracias, caballero.

—Ven, siéntate en esta zona. He comprobado que la luna se ve mejor desde aquí.

—¿Hay luna llena hoy?

—Sí. ¿No lo sabías? Va a ser una noche preciosa, Nela. Lo intuyo. ¿Qué quieres tomar?

Chris abre la nevera portátil para ofrecerme cerveza sin alcohol, agua o zumo de frutas. Elijo la primera.

—Por el reencuentro —dice chocando su botellín con el mío—, y por una cena memorable.

Sonrío girando mi cabeza para ver lo poco que queda de sol acostándose sobre el perfil del mar y así evitar encontrarme con la profundidad de sus ojos que me quieren decir tanto. La sensación de vacío en mi pecho me confirma que huyo de leer en su mirada. Lo sé. Tengo miedo. Quiero estar aquí, algo que no sé descifrar me impide levantarme, y a la vez tengo ganas de salir corriendo.

—¿Nela?, ¿todo bien?

Chris me toma de la barbilla para que gire la cabeza y se queda contemplando mi rostro que trata de dibujar una sonrisa. Su tacto me provoca un cosquilleo como si miles de hormigas bailaran sobre mi piel, pero no lo aparto. Contesto con una leve caída de párpados porque las palabras no me llegan a la garganta. Ese roce de sus dedos en mi barbilla no ayuda a que elabore una respuesta.

—Estás preciosa. Como siempre.

—Gracias, Fran. —Carraspeo antes de seguir para aclarar la garganta y bebo un poco—. Tú no —le digo con media sonrisa irónica.

—Qué no, ¿qué?

—Que no estás como siempre. ¿Te acuerdas de cómo eras en el insti?

—Claro —se ríe—. Mi madre me obligó a poner una foto mía de antes de ser famoso en el espejo del baño para que no me olvide de quién soy. En la puerta de la nevera me puso una con la familia en el pueblo para que recuerde cada día de dónde vengo.

—Buena idea. ¿Funciona?

—No siempre —confiesa y siento que se le nubla la mirada—. Ha habido días en los que he dado la vuelta a las fotografías. A esas y a otras que mi madre colocó en marcos por toda la casa. Su idea era que mirara donde mirara, encontrara algo que me ayudara a tener los pies en la tierra. Insistía mucho en que las usara como anclajes para no olvidar quién soy.

Fran alza la cabeza, se queda mirando al cielo, ya oscuro, durante unos segundos, y suspira antes de seguir hablando.

—Mi madre quiere lo mejor para mí, lo sé, pero te aseguro que a veces he pensado que esa actitud me limitaba en el camino del éxito y que Chris era suficiente para ser feliz. Estaba convencido de que no necesitaba a Fran ni a nada que tuviera que ver con él y con la vida pasada.

—¿Pero?

—Pero... Chris es un juguete en manos de otros, como te conté. Si no les sirves, te arrinconan o cogen partes de ti para dárselas a otro. Si te rompes, todos los que antes te llevaban en volandas desaparecen.

Nos quedamos en silencio unos segundos con la vista en el horizonte, en la delgada e inexistente línea que une el mar con el cielo, un espejismo que el ojo nos dice que es cierto pero es irreal. Lo vemos como un final deseado que en realidad es imposible de alcanzar. Porque no existe. Como la vida que me cuenta Fran. Como esos sueños que te hacen creer que son y que en ellos encontrarás la plenitud, pero esta es efímera e incompleta. Como una felicidad absoluta que puedes lograr remando hacia ella, pero nunca alcanzas porque no existe. Nunca se llega al horizonte.

En este instante pienso que nuestras vidas no han sido tan diferentes.

22

CHRIS

Hacía tiempo que no hablaba a nadie con tanta franqueza. Las palabras me han salido como si me las dirigiera a mí. Esas que a veces escribo y luego destruyo porque me cuesta creer que mi vida ha sido un engaño a la persona que soy. He construido un personaje y he permitido que tome las riendas olvidándome de mí.

Siento la respiración de Nela mientras miramos hacia el horizonte y solo deseo besarla, fundirme en ella boca con boca y deshacer todas mis máscaras. A decir verdad, desde que la he encontrado ya me he quitado alguna. Solo su presencia ha abierto una grieta en Chris por la que siento que Fran pide ayuda para salir.

Es de locos pensar en mí como si fuera dos. Volveré a hablar con mi terapeuta cuando regrese a Madrid por si es alguna rareza y tiene solución. Si algo sé con certeza es que no soy el mismo que llegó a La Caleta hace una semana.

Me giro levemente para observar el perfil de Nela recortado por la claridad de la luna y siento que su luz se cuela en mi interior como el fuego de una chimenea que caldea e ilumina el hogar. Ha prendido una mecha en mi corazón que se empieza a derretir como una vela de cera.

Debe notar mi mirada porque vuelve su rostro hacia mí. La conexión que siento es absoluta y tan fuerte que mi mano se dirige a su mejilla sin que yo sea consciente de haberlo decidido así. Juntamos nuestras bocas en un suave beso, labio contra labio, con mi pulgar acariciando su pómulo.

—Fran, no debemos —dice Nela rompiendo la burbuja que habíamos creado en la que solo éramos dos—. Yo... No puedo.

—Lo siento. No pretendía... Ha sido espontáneo.

—Lo sé. No te preocupes. También sentí el impulso.

Ella sonríe y yo me relajo.

—Bueno —suelto la muletilla mientras pienso qué decir—, ya hemos brindado, nos hemos besado —escucho una risita que me hace cosquillas en el corazón—, ¿qué nos queda? Ah, sí, la cena.

Me doy la vuelta hasta alcanzar la nevera y la bolsa que he traído con lo que queda de la comida que me trajo Toni. Pongo un mantel doblado sobre la manta donde dejo el *tupper* de ensalada de pasta con pesto, tomate y atún, un plato con jamón, queso y frutos secos, otro plato con pan y un bol de fruta cortada.

—Lo siento, no tenía nada más —me excuso al ver que lo que creía un festín se ha quedado en nada. Solo restos.

—¿Qué dices! Es más que suficiente. Veo que Toni te cuida muy bien.

Cenamos tranquilos, en un silencio pocas veces roto que no nos agobia ni sentimos la necesidad de llenarlo, como ocurre cuando estás con quien quieres estar. La paz en la playa a estas horas mientras la luna llena se hace cada vez más presente es un regalo del que disfrutamos y que nos llena de calma. Nela está sentada con las piernas cruzadas y come despacio. Yo estoy tumbado de lado, sostenido por el codo izquierdo, y como con la otra mano. Mi hombro roza su brazo sin que ninguno haga nada por evitarlo con una naturalidad que me asombra y me da paz.

Una vez destapados nuestros miedos siento que comenzamos a caminar por una cuerda de

trapequista sin red.

—Ven, tumbate aquí —le sugiero apartando los platos de la cena y quitando el mantel.

Nela se coloca a mi lado, boca arriba, con los brazos debajo de la cabeza. Luego los quita, incómoda.

—Toma, ponte esto debajo de la nuca. Estarás mejor.

Doblo el mantel junto con mi suéter para ponerselo de almohada. Ella levanta la cabeza que yo rodeo con el brazo, sin tocarla, para acomodar el improvisado cojín. La cercanía a su boca me turba, mi cuerpo está casi encima del suyo y noto cómo mi sangre se concentra en un punto de mi anatomía. Me recuerdo que Nela es fruto prohibido por mucho que sienta que nos pertenecemos el uno al otro.

Ella debe notar lo mismo porque gira su rostro hacia el otro lado y me impide verla.

Nos quedamos los dos boca arriba, mirando al cielo nocturno con la tenue claridad que le da la luna llena reflejada en el mar. En esta fase lunar, el agua está más calmada de lo habitual y el silencio es sobrecogedor. Solo el suave roce del agua sobre la arena marca un compás que nos adormece.

—Si hace un mes me dicen que iba a encontrar esta paz, me hubiera reído a carcajadas —comento al aire.

—Da hasta miedo estar tan bien, ¿no crees?

—Me alegra que estés tan a gusto como yo. Temía que estuvieras incómoda conmigo.

—¿Por quién me tomas? —sonríe aunque trata de poner cara de enojada. Al decirlo se ha apoyado de medio lado y me mira.

—Ya sabes. Toda esta situación... Puedes irte cuando quieras.

—Estás tarado —contesta desde la misma posición. Sigue con la vista fija en mí y eso me pone nervioso.

—¿Por qué me miras? ¿No prefieres observar la luna? Está preciosa.

—Te miro porque eres muy guapo, Chris.

—¿Eso crees?

—Venga, no me tomes el pelo. Lo sabes de sobra.

—Pero, ¿te gusta que sea así? —le pincho. Su respuesta me interesa mucho.

—Pffff, sí —dice balbuceando imagino que para hacerme rabiar—. Aunque me gustaba más Fran.

—¿Ese tío delgaducho? ¿En serio?

—Sí, sin duda. Era más..., cómo te lo diría..., más auténtico. Más verdadero, ¿sabes? Y era solo mío —me guiña el ojo.

Su mano roza mi rostro suavizando el dolor que me han provocado sus palabras. En realidad no dice nada negativo pero para mí son flechas que se clavan donde más duele, en la herida que ya lleva abierta varios días, en esa grieta por la que Fran pide ser salvado.

Un beso interrumpe mis pensamientos. Nela se ha acercado a mis labios y me besa aún sabiendo que no debemos. Recojo su nuca con la mano y entreabro mis labios dejando que sea ella la que decida sin entra en ellos. Noto su lengua pidiendo un permiso que concedo enseguida y con la otra mano presiono su cintura para que sitúe su cuerpo sobre el mío.

Esto es más que un beso: es el beso, con mayúsculas.

Va más allá del encuentro de dos personas que se atraen. Con el baile de lenguas nos decimos lo que no hemos sido capaces de poner en palabras. En un solo beso se resumen años de pensar en el otro, perdones no verbalizados, búsquedas erradas, recuerdos y añoranzas, anhelo de felicidad, ganas de amar de verdad. Es la vida con mayúsculas.

—Nela —la nombro cuando se separa de mí. Noto con dolor las lágrimas aguantando sus ojos. No quiero eso—. Nela, no te vayas todavía.

Se ha vuelto a sentar con las piernas cruzadas mientras recoge sus cosas para irse. Me incorporo y me quedo frente a ella.

—Lo siento, Fran. Creo que esto no me compensa. Me dejé llevar.

—¿Compensa?

Me mira con frialdad helando mi corazón.

—Venga, no soy tonta. Chris, o Fran, quién seas. Sé que conmigo sumas una conquista más. ¿Y yo qué soy? La infiel por un escarceo que no significa nada para ti. No, paso. Sabes que yo no soy así. Búscate otro rollo. Nosotros cortamos hace quince años y no hay vuelta atrás. Ya no tenemos nada que ver. Lo siento.

Se levanta de un salto y la veo alejarse con rapidez. Me he quedado mudo, jodido y sin saber qué hacer. Tiene razón en que ella no es libre, o no lo es su corazón, y que es muy leal. En lo que se equivoca es en que para mí sea una más. Fue, es y será la única.

23

NELA

Aún me duele la boca de la rabia con la que me lavé los dientes antes de acostarme. ¡Cómo pude ser tan estúpida! Me dejé llevar por los recuerdos y me engatusó como a una tonta más. Por algo Chris Jordan tiene fama de ligón y de haber rodado por más camas que un probador de colchones. No me puedo creer que haya caído. Sé que el beso lo inicié yo, pero ¿quién creó la escena? El mago de la pantalla.

Con el cuerpo entumecido por lo mal que he dormido me levanto temprano. En mi móvil, por fin, un mensaje de Ed: «Perdona, cariño. He estado sin cobertura. Hoy vuelvo a casa. Me quedo un par de días en Madrid antes de ir a la playa. Te llamo al aterrizar. Te quiero».

Sus palabras me reconfortan y me recuerdan que yo ya tengo una vida plena y tranquila. Si Fran no la tiene es su problema y en absoluto me tiene que involucrar a mí. No voy a ser su juguete ni la excusa para descubrir quién es en realidad. Contesto a Ed después de poner la cafetera y decidir qué haré el resto del día. Espero tener respuestas de mis clientes para tener trabajo. De lo contrario, me volveré loca con mis pensamientos y no estoy dispuesta a irme de aquí. Que se largue él.

Salgo a la terraza a desayunar en el rincón desde el que sé que Fran no puede saber que estoy pues de ninguna de las maneras me voy a dejar ver hasta que se vaya. Enciendo la *tablet* para entrar en mi correo y comenzar la jornada laboral.

Hago *scroll* sobre los mensajes de trabajo cuando veo el de mi abogado. Empezaré por ahí.

«Querida Nela:

Espero que estés bien y tranquila. Tenemos buenas noticias. Hemos conseguido que Fede pueda aportar su investigación y ya hay respuestas concretas que, lo siento, no te puedo adelantar aún.

La Policía está esperando autorización para intervenir e interceptar a las personas sospechosas. Te mantengo informada.

Cuídate.

(...)»

¿Personas? ¿Varias?

El mensaje me deja tranquila y nerviosa a la vez, si es que eso puede ser. Tranquila porque sé que el asunto está en buenas manos y se demostrará mi inocencia y nerviosa porque me intriga quiénes son y con qué objetivo han hecho algo tan absurdo y que está haciendo tanto daño a personas inocentes.

Sigo revisando el correo satisfecha al comprobar que la inmobiliaria ya me ha respondido y me envía todo lo que le pedí para seguir avanzando en la web. Nada mejor que el trabajo para evadirme de los problemas.

Al levantarme para entrar al apartamento veo un nuevo cactus en el rincón que une las dos terrazas, con una notita prendida. Lamento haberlo visto porque la tentación de leerla es enorme, pero no, me resisto, no voy a cogerla y menos sabiendo que si me acerco podrá verme.

La noche me alcanza trabajando, con los ojos secos por pasar tantas horas frente a la pantalla.

Solo me he levantado para recibir la compra que he hecho por teléfono a la tienda del pueblo para no tener que salir. Quiero estar preparada para cuando venga Eduardo y que encuentre sus caprichos en la despensa.

Al acercarme a la terraza para cerrar antes de irme a la cama me doy cuenta de que ya son tres las macetas pequeñas de cactus que hay con notitas en el rincón de la medianera. Paso. No quiero saber qué me tiene que decir porque no quiero nada con él. Ni amistad. No, que ni se le ocurra pedírmela. Eso sería un sufrimiento innecesario que ni deseo ni merezco. Mejor lejos de mi vida, como los últimos quince años. Ojalá se vaya pronto si, como dice Carlos, el asunto está a punto de resolverse.

A las tres de la mañana me levanto a prepararme una infusión relajante que me ayude a dormir, con todo a oscuras. No quiero que ni el más leve ruido despierte a mi vecino. Salgo con sumo cuidado a la terraza a respirar el aire fresco que llega del mar y sé que he hecho mal cuando mi mirada se va directa a la medianera. Cuatro cactus hay ahora y sospecho que no hay más porque se habrá quedado sin ellos. Me acerco sigilosa para coger las notas que me llevo a la tumbona junto con la taza de tila y valeriana.

He acertado con lo de que no le quedaban más macetas pequeñas porque hay más de cuatro mensajes. Abro al azar todos los papelitos que he encontrado y, con la sola iluminación de la luna llena y mi móvil, los voy leyendo:

«No me dejes ahora»

«Esta noche he sido yo, Fran, gracias a ti»

«Te agradezco toda mi vida»

«Dame una oportunidad»

«Háblame»

«Nela, solo pienso en ti»

«Nos lo debemos»

«Llevo quince años pensando en ti»

Con esa dejo de leer. Echo mi cabeza hacia atrás para apoyarla en el respaldo de la tumbona y cierro los ojos que ya están llenos de lágrimas. Me estoy volviendo loca.

Nada de lo que ha escrito me aclara mi situación. Esas palabras pueden significar que me quiere o que solo desea ablandarme para conseguir una noche de sexo y adiós muy buenas; un trofeo más en su estantería y una espinita clavada menos en su corazón. Y no, en eso no voy a ceder.

Si me quiere, es un problema porque yo ya tengo a Ed.

Si es solo sexo, es otro problema porque ni soy infiel, ni quiero ser mujer de una noche y luego quedarme rota otra vez.

Pase lo que pase todo parte de mi decisión. Y la que tomo ahora, en este momento, es cortar toda relación. Necesito tiempo y necesito espacio.

Dejo los papelitos donde estaban para que crea que no los he leído mientras pienso que en un par de días Eduardo estará conmigo y todo volverá a la normalidad.

Regreso a mi habitación, me acuesto y, no sé si por el efecto de la infusión o por la determinación que he tomado, me duermo enseguida.

24

CHRIS

Dos días sin verla ni oírla. Me estoy volviendo loco. Necesito hablar con Nela y ella se esconde de mí.

Las notas que le dejé siguen en el mismo sitio y ya no he puesto más, ¿para qué? Si la ví la otra noche, aunque ella no se dio cuenta de que estaba en la terraza agobiado porque en la cama no hacía más que dar vueltas sin poder dormir. Ví perfectamente, a pesar de la oscuridad, cómo las cogió, las leyó con la luz del móvil y las volvió a dejar en las macetas. El mensaje es claro: no quiere saber nada más de mí.

El problema es que yo sí quiero más. En mi cabeza he ido haciendo un filtro de mis pensamientos, que han sido de todo tipo, desde los más destructivos y los de víctima hasta los más felices. He puesto en la balanza cada uno de ellos: si lo dejo todo como está y vuelvo a la vida de Chris Jordan, con la sonrisa de galán todo el día puesta y un club de fans que es la envidia de mis compañeros o lo dejo. A pesar de que estoy aburrido y harto de ese mundo tan irreal en el que cuanto más éxito tengo más vacío me siento, es lo único que sé hacer y lo que he hecho toda mi vida desde la adolescencia. O decido volver a ser Fran y hacer realidad mi sueño de recuperar a Nela. Si ella quiere.

Creo que, en el fondo de mi ser, ya he tomado una decisión aunque me lo niegue a mí mismo.

Estos dos días he ido a correr a la playa y luego me he metido en el mar para, desde allí lejos, observar su terraza sin ser visto. Al volver a casa he estado tentado de llamar a su puerta y las dos veces me he detenido. Si necesita tiempo, se lo doy, pero me consumo pensando que la he vuelto a perder. Tengo que hacer algo.

El resto del día solo he estudiado mi próximo papel, alternando con momentos de no hacer nada más que escuchar los posibles movimientos de mi vecina intentando averiguar qué hace. Tan cerca y tan lejana. ¿Tendrá estos debates consigo misma como los tengo yo?

La luna ya no es la esfera perfecta de hace unas noches pero aún está casi llena y su reflejo sobre el mar oscuro dibuja un camino que no puedo dejar de mirar. Quiero buscar señales, algún detalle que me haga dar un paso hacia dónde sea y me saque de este estado de indecisión y angustia que me consume. Echo de menos a Nela, las conversaciones, los susurros, los roces a propósito aunque los hagamos pasar por casuales, y los besos. Pocos pero los únicos que me han hecho sentir, que han puesto mi cuerpo a bullir y mi corazón a mil revoluciones.

Si tuviera que interpretar un papel así antes de estos días, hubiera sido incapaz. Nunca hasta ahora había sentido nada con esta intensidad.

Cierro los ojos saboreando todo lo vivido estas últimas semanas y es en este estado meditativo en el que me doy cuenta de que no quiero ocultar más lo que siento. Que sea ella la que me rechace, aunque duela, y me confirme si quiere a ese tal Ed o se arriesga conmigo. Sería bonito tirarnos los dos juntos de la mano a la piscina de lo que nos queda por vivir. Bonito y arriesgado. Dejar la comodidad de lo conocido nunca es fácil.

Abro los ojos al notar ruido en su terraza. Quieto como un poste pongo atención a lo que percibo, sin hacerme notar. La suave luz de la luna provoca que la silueta de Nela aparezca como una sombra en la pared. No me lo pienso más y me levanto para llamarla desde la barandilla.

—Nela..., Nela —susurro asomándome por el hueco que queda entre las terrazas—. Tenemos que hablar, por favor. ¿Te acercas? —le pido al ver que levanta la cabeza y me sostiene la mirada desde la butaca en la que se ha sentado.

—No, Fran. Déjalo ya.

—Nela, solo una conversación. No podemos hacer como que no ha pasado nada. Hablemos.

—Ahora no. Deja las cosas como están y no lo compliques más. Buenas noches.

Me queda un hilo de esperanza al pensar que si «ahora no», después será que sí. ¿Pero cuándo?

Duermo inquieto. No he dejado de moverme en toda la noche y estoy empapado en sudor. Descartada la fiebre, que no tengo, lo mejor es ir a despejarme a la playa. No sabía que este estado emocional tan intenso me pudiera afectar tanto en el cuerpo.

El mar está increíble. Nado como si me fuera la vida en ello y solo así consigo soltar los pensamientos incómodos que no me han dejado descansar. Vuelvo a la arena y caigo exhausto sobre la toalla, tal cual salgo del agua sin ocultar mi rostro. Ya me da todo igual. Respiro deprisa por el ejercicio y noto cómo mi pecho sube y baja rítmico mientras las gotas de agua salada resbalan por mi cara. Abro un ojo, guiñando el otro, al notar una sombra sobre mí.

Es Nela que se sienta a mi lado en su toalla extendida junto a la mía. Con la mano derecha a modo de visera y apoyado sobre el brazo izquierdo, elevo medio cuerpo para encararla.

—Hola, vecina. ¿Ya te atreves a que alguien nos vea juntos a plena luz del día? —digo irónico para romper el hielo que siento en su expresión.

—Creo que ya no es necesario que me oculte, vecino —contesta sin mirarme. O eso creo por la dirección de su cabeza porque lleva gafas de sol oscuras que me impiden ver sus bonitos ojos.

—¿Crees?

Ahora sí se gira un poco para mirarme y enseguida vuelve el rostro hacia el mar.

—Acabo de hablar con mi abogado. He visto que estabas aquí y he bajado para decírtelo. ¿No te ha llamado el tuyo?

—Quizá lo haya hecho. Tengo el teléfono en el apartamento, así que no tengo ni idea. Tendrás que contármelo tú —le pido mientras me siento pues ya me duele el brazo de la postura.

—En realidad no conozco los detalles. Solo me ha dicho que ya saben quienes son los culpables, aunque no me ha podido dar nombres, y que debo volver para que me tomen declaración y esas cosas. Lo sabremos todo cuando nos reunamos. Hay que decidir si denunciamos y otros asuntos más.

—Entonces, ¿se acabó?

—Eso parece.

Se gira hacia mí y me sostiene la mirada a través de las lentes de sus Ray Ban verdes. Nos quedamos unos segundos en silencio durante los que voy acomodando mis pensamientos que luchan contra lo que me pide el corazón. «¿Y ahora qué?», me pregunto a mí mismo. Esta película llega a su fin, la sala de cine apagará sus luces y todos nos iremos a nuestras realidades anteriores con un aprendizaje nuevo hasta que la rutina nos vuelva a aplastar. ¿Es lo que quiero?

—Nela —reacciono cogiéndola de la muñeca cuando veo que se va a levantar para irse.

—¿Qué? Me tengo que ir. Ya te he informado.

—Espera. Solo un minuto. Me gustaría pedirte algo.

Vuelve a su posición sentada después de rechazar mi mano y me mira.

—Suéltalo ya —me dice con frialdad.

—Imagino que esto significa que me tengo que ir. He pensado que podemos cenar esta noche como despedida. Aunque sea por los viejos tiempos —añado al ver cómo tuerce el gesto—.

Dicen que las cosas pasan por algo. Sé que suena rebuscado pero quizá esta mentira que nos ha traído aquí y ha puesto patas arriba nuestra vida de hace un mes tenga un motivo... ¿No? ¿Qué opinas?

—Que tu mente vive en Hollywood. Eso opino. Vaya película se ha montado el señor actor —sonríe. Algo he conseguido.

—Puede ser. No te digo que no —ríó con ella—. Mejor no pensar en eso, pero sí que me gustaría que nos despidiéramos como amigos. ¿Vienes a cenar? Aunque sea para acabar con lo que queda en la nevera.

—De acuerdo. Nos vemos antes de que anochezca.

Nela se levanta de un salto y se aleja mientras yo la observo caminar por la arena con una sonrisa que no puedo evitar y el corazón dando saltos de alegría.

25

NELA

Me ha costado mucho bajar a hablar con Chris y mantenerme fría cuando lo que me pedía el cuerpo era volver a besarlo. Cuando lo he visto tumbado en la arena me han entrado ganas de acurrucarme junto a él, meter mi nariz en su cuello y aspirar su aroma, susurrarle al oído cuánto me gustaría besarle y que me acariciara toda la piel antes de encerrarnos en una habitación y tirar la llave.

Nada de eso ha ocurrido ni va a ocurrir. Me he puesto la careta de témpano de hielo para no sucumbir porque tanto la visión de su cuerpo, cuyo pecho subía y bajaba al ritmo de su respiración acompasada, como el calor templado de la arena y la dulce brisa del mar, me pedían bajar la guardia y ceder a mis impulsos.

Menos mal que la cabeza se ha impuesto.

Aun así, no he sido todo lo fuerte que debía y he aceptado su invitación. Ed no viene hasta mañana y no pasa nada por cenar con un antiguo amigo al que conozco antes que a mi marido. «Una cena no significa nada», concluyo convenciéndome a mí misma de que voy a hacer lo correcto. Él es tan inocente en el tema de la suplantación de identidad como yo y, aunque quizá nos veamos en el juicio si llegamos a ello, la cena de hoy nos ayudará a zanjar el asunto. Esta noche cerraré este paréntesis que se ha abierto en mi vida sin pretenderlo.

Estoy deseando saber quien ha montado todo este bulo sobre nosotros y cuál ha sido su motivación. De momento voy a disfrutar de los pocos días que va a estar Ed conmigo antes de volver a casa para reunirme con los abogados la semana que viene. Después espero centrarme en pasar unas buenas y merecidas vacaciones en pareja.

Salgo de la ducha a media tarde, después de haber limpiado y recogido el apartamento para recibir a Eduardo al día siguiente. Miro con desesperación lo que tengo en el armario y me arrepiento de no haber traído más ropa que no fuera tan playera y deportiva. Me decido por un vestido estampado largo en tonos blancos y rojos con botones por delante y manga corta que metí en el último momento por si tenía que atender a algún cliente por videoconferencia. La falda es suelta desde la cintura, con bastante vuelo, lo que me permite estar cómoda y no marcar nada de mi cuerpo. No quiero malos entendidos con Chris.

Antes de que se ponga el sol me dirijo a su apartamento. Me apetece ver el atardecer desde su terraza y en su compañía, es cierto, pero más aún que nos veamos de día. Solo esta mañana hemos estado tan cerca con luz natural aunque he evitado mirarle. Tiene un cuerpo espectacular que me hace comprender a todas las niñas que babean por él. Cuando salió conmigo no era así todavía. Debe ser horrible ser tan guapo y no poder llevar una vida normal porque te reconozcan haya donde vayas. En el fondo me da lástima.

—Hola, preciosa —me dice al abrir la puerta y se acerca para darme dos besos que no rechazo.

—Hola. Toma, los últimos helados.

—¡Gracias! ¿No los quieres? ¿Tú también te vas?

—En tres o cuatro días. Pero los compré para ti, ¿recuerdas? Eduardo se va a mosquear si ve algo que no suelo comer. Ya te dije que su cabeza es matemática pura y es bastante TOC.

—No te preocupes —contesta entrando a la cocina para meter los helados en el congelador—. Ven, ayúdame a sacar esto a la terraza.

Le acompaño fuera con dos platos en las manos con restos de jamón y queso. Él lleva una bandeja con varios cuencos en los que ha vertido el contenido de varias latas: berberechos, mejillones y anchoas además de un plato con rebanadas de pan tostado. Sencillo pero apetitoso. Como él.

—Tengo en el horno berenjena a la parmesana que tenía congelada, también cocinado por la mujer de Toni. ¿Te gusta?

—Me encanta. No sé qué harías sin él, la verdad. Te vendría bien aprender a cocinar —le digo mientras tomo asiento junto a la mesa.

—Antes lo hacía, tengo mis platos estrella, no creas —sonríe guiñando un ojo—. Últimamente voy muy liado. ¿Qué quieres beber? Tengo lo de siempre, agua, zumo, cerveza sin alcohol y una botella de vino blanco en la nevera, cortesía de la agencia de alquiler. Lo único con alcohol.

—Un zumo fresquito estaría bien.

—Venga.

Mientras espero que traiga la bebida de la cocina me acerco a la barandilla. Todavía se nota el calor de los últimos rayos que el sol deja caer sobre mi rostro. Cierro los ojos para sentir la paz del momento acunada por los sonidos del mar que se aquieta a medida que el sol se esconde y la luna aparece por el lado contrario. Me alucina el poder que la luna tiene sobre el mar.

—Estás preciosa —me susurra Chris al oído al que respondo dando un respingo.

—Me has asustado. No te oí acercarte.

—No quería deshacer la imagen que me has regalado. Han sido unos instantes que guardaré en mi memoria para siempre.

—¿Espíandome, vecino? —bromeo para cortar la tensión que me han producido sus palabras.

—Solo un poco —sonríe y me desarma—. Toma tu bebida.

Alarga hacía mí un brazo musculado que asoma bajo la camisa blanca arremangada bajo el codo. Me deleito en esa visión. Si él me observa, yo también puedo. Chris se acomoda a mi lado apoyado en la barandilla, tan cerca que puedo oler hasta el jabón de la ducha que ha usado. Huele a cítricos y a ropa limpia como a mí me gusta.

—Escucha —me pide Chris mirando su móvil. Tiene abierta una lista de reproducción cuyo título no alcanzo a ver. Roza el triángulo del Play y suena *Sacrifice* de Elton Jhon—. ¿Te acuerdas?

—Recuerdo escucharla en las escaleras del instituto.

—Y en el sofá de tu casa con la puerta del salón abierta porque tu madre nos vigilaba.

—También —me río al acordarme.

—Y en el pub ese en el que acabábamos todos los viernes los de clase. Ven —me dice ofreciéndome su mano—, ¿bailamos?

Me dejo llevar por él, por su fuerte brazo que me rodea con ternura, y empezamos a movernos como dos adolescentes que bailan por primera vez. Dejo la bebida en la mesa para poder rodearle por el cuello. Cada vez estamos más cerca.

Suelto una carcajada al escuchar a Lionel Richie.

—¿Qué has hecho? ¿Una *play list* de los noventa?

—Más o menos.

—Si esto ya era antiguo para nosotros.

—Sí, pero lo ponían en ese pub del hermano de Guille. Pensé que te gustaría recordarlo. Lo quito —dice separándose de mí.

—Eh, no te enfades. Me encanta. Es lo que vivimos, tienes razón.

—Nela, era broma. El resto de la lista son los éxitos de 2007 según los 40 Principales —se ríe a carcajadas.

Vuelve a acercarse a mí y seguimos bailando. Dejo de escuchar la música porque solo estoy pendiente de él y de mí. En mi interior solo siento burbujas que me provocan cosquillas y las ganas de Chris aumentan con cada paso, con cada roce, con cada susurro que siento en mi oído cuando canta la canción.

Giro mi rostro y me lo encuentro. Mira mi boca, sé que me desea y yo a él. Nos lo debemos, pienso para mí como excusa para no sentir que hago algo malo porque solo quiero besarlo.

Y lo hago.

Lo beso suave porque sé que él no se atreve. Respeta el que sea una mujer con pareja y sabe que mis principios son inamovibles, por eso soy yo la que debe dar el paso y concederle mi permiso.

—Bésame —susurro.

Abre la boca para recibirme. Nuestras lenguas se enredan mientras seguimos bailando al ritmo de la música que solo siento vibrar porque no la sigo. Lo que me interesa está pegado a mí, me acaricia la espalda y me absorbe con devoción. No hay nada en este mundo que desee más que a él, como en todos los sueños que he tenido desde hace quince años en la soledad de mi cama, aunque tuviera a Ed a mi lado. Todo lo que nos rodea desaparece cuando Chris pasa la mano entre los dos para acceder a los botones de mi vestido y desabrochar los dos primeros. Siento su mano sobre mis endurecidos pezones a través de la tela del sujetador provocando una humedad que lo reclama con ansia igual que él me deja claro su deseo con la dureza que noto cerca de mi centro.

Con la otra mano me sujeta la nuca mientras me besa el cuello y empieza a bajar por mi escote. Ya ha empezado a anochecer y las luces del apartamento están apagadas. Echo la cabeza hacia atrás para darle paso y es en este preciso instante cuando lo veo.

—¿Nela? ¿Eres tú?

La voz de Ed llega a mis oídos como si estuviera a miles de kilómetros y mi primer pensamiento es que es mi conciencia la que me habla. Me separo con brusquedad de Chris al tener la certeza de que mi pareja nos observa desde la terraza de al lado y agradezco la complicidad de la noche que ha ido cayendo sobre nosotros por ocultarnos.

Me abrocho los botones, con la esperanza de que la oscuridad haya sido suficiente para que Eduardo no se haya dado cuenta de dónde estaban las manos y la boca de Chris, mientras camino hacia él.

—¿Ed? ¿No llegabas mañana?

—Eso te dije. Pero quería darte una sorpresa, nena. Te echaba de menos. Tenía ganas de verte y... de hablar. Pero ¿qué coño haces ahí a oscuras?

La palabrota que ha usado me sorprende porque él no las dice. Nunca. Algo pasa.

—Pues..., resulta que un antiguo compañero del instituto ha alquilado este apartamento y me ha invitado a cenar. Este es Fran —le presento pidiendo a Chris con la mano que se acerque por detrás de mí.

—Me suena tu cara —dice Ed sin un atisbo de mosqueo, lo que me sorprende por segunda vez, sobre todo porque sabe de sobra quién es Chris. Se ve que se lo piensa mejor ya que añade mirándome a mí—: no sé qué haces ahí con un desconocido sin avisarme, así que ven a casa a explicármelo. ¡Ya!

Su voz es severa, autoritaria, otra sorpresa para mí pues nunca me ha hablado así. Me disculpo

con Chris y regreso a mi apartamento.

—Si necesitas mi ayuda golpea tres veces la pared, Nela, por favor.

—Tranquilo, que no pasa nada. Fran, yo..., siento haber acabado así—contesto rápido porque Ed ya está en el pasillo exterior esperándome.

26

CHRIS

Hasta las doce de la noche en que he dejado de escucharlos me he pasado el tiempo paseando del salón a la terraza y vuelta. No me ha gustado nada ese tal Ed. Me revienta que esté con ella y que pueda hacerle algo, aunque sé que llevan muchos años juntos y que su relación es como una balsa de aceite calculada al milímetro, según ella porque por la actitud de ese tío no me lo ha parecido. ¿Cómo se puede vivir así? Si Eduardo se ha mosqueado tiene motivos. No sé cuánto habrá visto de nuestro baile, lo que sé es que a mí me dejó tan excitado que tuve que pasar por la ducha de agua fría para calmarme.

A pesar de haber dormido mal ya estoy en pie recogiendo todas mis cosas. Al final mis dispositivos digitales para jugar no los he usado por un buen motivo: Nela era y es mucho más atractiva que los dichosos juegos.

Mientras hago el equipaje y recojo el apartamento para que no parezca que un lobo hambriento ha pasado por él, me viene a la cabeza el motivo por el que vine y lo que pensé al llegar.

Daba por hecho que mi encierro iba a ser una verdadera pesadilla y ha sido un sueño casi cumplido; creía que iba a aburrirme como nunca y he disfrutado como jamás; pensé que iba a estar muerto en vida y pocas veces me he sentido tan vivo.

¡Genial! La sonrisa se me dibuja en la cara porque me siento bien y La Caleta ya forma parte de los lugares importantes de mi historia personal. Hasta que me doy cuenta de que no estoy tan feliz como pueda parecer porque silbe una de las canciones de la lista que hice para Nela o porque sonría. Quiero volver a casa pero no así.

La quiero a ella.

Y su falta va a ser como vivir sin aire.

Ni puedo ni pretendo olvidarla, así que haré todo lo posible por volver a ella. Una vez más. Sin mentiras, ni traiciones, ni juegos, ni otras personas que nos pongan obstáculos. Como Toni que corta mi carrusel de pensamientos con una llamada.

—¿Qué tal, tío?

—Hola, Chris. Espero que estés a punto de salir. Tenemos mucho de qué hablar.

—En una hora me voy. Lo tengo todo recogido pero, si me das permiso —bromeo—, me gustaría darme un último baño en el mar.

—Claro, claro. No, si al final te va a gustar La Caleta. Yo que temía que volvieras al día siguiente... ¿Sabes que me arrepentí de haberte dejado con coche?

—¿Por si me iba? —me río—. Ni lo pensé. O sí. Ya no lo recuerdo. No ha salido del garaje en todo este tiempo. Por cierto, espero que ese trasto arranque.

—Increíble. No te conozco, Chris. Bueno, tío, que me llames en cuanto llegues a ver si podemos hablar esta tarde con el abogado. ¡Ah! Y que me han llamado de la agencia. Deja la llave en la mesa de la cocina y cierra de portazo. Ellos tienen copia e irán cuando te vayas para revisarlo todo.

—De acuerdo, jefe. Luego te llamo.

Miro a mi alrededor. Creo que voy a echar de menos este salón, las vistas hacia el mar y la terraza que ha sido mi salvación estos días. Veo a lo lejos un cactus, en el lugar donde siempre

nos dejábamos las notas Nela y yo. Voy a buscarlo sonriendo al ver que, efectivamente, tiene un mensaje.

«Estoy bien. Por si estabas preocupado. Que tengas buen viaje. N.».

Dice poco pero para mí significa mucho. Dudo si responder por si Eduardo lo ve y le causo un problema. Decido dejar un dibujo del mar y el sol visto desde mi terraza con un *Forever* y una N al final. Si él lo ve puede pensar que es de ella.

Cierro todas las maletas y dejo preparada la ropa para vestirme después del baño que me voy a dar en el mar como despedida. Nunca he bajado a estas horas, cuando ya hay gente y más a final de junio. Se nota que algunos empiezan las vacaciones. hace más calor y encima me toca llevar la gorra y las gafas de sol grandes para camuflarme al menos hasta la orilla. Difícil pasar desapercibido con este calor.

A las once lo tengo todo listo para irme. No he visto ni oído a Nela. Pongo la oreja en su puerta cuando salgo de mi apartamento y solo escucho silencio. Maldigo la mala suerte aunque soy consciente de que verla hubiera sido problemático, sobre todo si hubiera sido con él. Bajo hasta el garaje, cargo el coche y me voy con la incertidumbre de qué va a ser de ella, de mí y, sobre todo, de nosotros.

A las cuatro ya estoy duchado de nuevo, con la maleta vacía y sentado en mi sofá con los pies en la mesa llamando a Toni que me convoca en su despacho a media tarde.

Conduzco hasta su oficina con el coche de alquiler, para devolverlo, por una ciudad que siento ajena. Es curioso porque no ha pasado tanto tiempo. Es una sensación que no es nueva, más bien la he tenido cada final de verano de mi vida cuando volvíamos del pueblo y sentía que la ciudad no me acogía. Luego pasaban dos días, volvía a ver a mis amigos, y todo era de nuevo normal. Hasta el verano siguiente. Esa es la sensación que tengo ahora, como si no perteneciera a esta vida urbana. Una sensación que se hace mayor al entrar en la torre donde Toni tiene su despacho. Subo por el ascensor privado que da directamente a su oficina donde ya me están esperando.

Toni me da un abrazo de hermano mayor, aunque no lo sea, y el abogado me ofrece su mano que aprieta con fuerza, como a mí me gusta; me da confianza.

—Sentaos allí —dice Toni señalando a una sala contigua a su despacho—. ¿Queréis café o algo?

—Un café para mí y un vaso de agua —le pido y él a su vez se lo solicita a su asistente.

—Lo mismo —indica el abogado.

—¿Y bien? ¿Qué habéis descubierto? —pregunto por fin.

—Antes que nada —comienza el abogado—, todo lo que digamos esta tarde es confidencial. Nadie, y mucho menos la prensa, puede saberlo aún, hasta que cursemos las denuncias. Si desea hacerlo, señor Jordan.

—Por supuesto. Tiene mi palabra —aseguro.

—De acuerdo. Gracias a un *hacker* que colabora con la policía hemos podido averiguar que todas las difamaciones y mentiras provenían de un domicilio en Madrid, en el barrio de la señorita Manuela Murray. Esto hacía sospechar que, efectivamente, era ella.

—Pero, si ella estaba...

—Disculpe —me dice levantando la mano para que me calle—, las preguntas o comentarios después. Como decía, eso hacía recaer las sospechas en la señorita Murray. Pero entonces se detectó que otras publicaciones venían de Grecia y otras de un lugar de la costa valenciana. Ninguna, se lo digo para su tranquilidad, de La Caleta donde usted y la señorita Murray estaban estos días.

—¿Lo sabíais? —pregunto sorprendido a Toni que asiente con media sonrisa y se lleva el

dedo a la boca para pedirme silencio.

—Sí —contesta el abogado—. No le dijimos nada para ver si realmente era la cabecilla de este tinglado, señor Jordan.

—¿Y?

—No. Ella es inocente.

—¡Eso ya lo sabía! —respondo enérgico—. Lo que quiero saber es que quién fue.

—Se lo resumo ya que es usted un poco impaciente. —Noto la risita de Toni a mi lado pero ni lo miro—. Todo viene del entorno de Eduardo Cisnero, la pareja de Manuela Murray.

—¿Fue él?

—Yo no he dicho eso, señor.

Este abogado me exaspera. Miro de reojo a Toni que se lo está pasando muy bien a mi costa.

—He dicho de su entorno. Creemos que es una alumna y su madre y que la motivación son los celos. Aunque esto se verá en el juicio si, como le dije, quiere denunciar. Para eso estamos aquí. ¿Quiere que curse la denuncia en su nombre, señor Jordan?

—Por supuesto.

—De acuerdo. Pronto tendrá noticias mías.

—¿Y Nela, digo Manuela? ¿Denuncia?

—Eso creo. Mañana a primera hora contactaré con su abogado. Gracias, señores.

Cuando se va, un tufo extraño se queda en el ambiente. Apuro el café y me levanto para ir con Toni a su despacho.

—Ahora cuéntame, Chris, ¿cómo estás?

—Bien. Abrumado pero bien.

—Así me gusta —me dice afianzando su afirmación con una palmada en mi hombro—. Siéntate que tenemos que planificar el resto del verano. En el calendario compartido te he señalado las fechas de los ensayos y los días de rodaje en el estudio y en exteriores. ¿Todo claro?

—Sí —contesto lacónico al darme cuenta de que ya me estoy metiendo en la rueda y aún no sé lo que quiero hacer con el resto de mi vida.

—No me pongas esa cara que tienes un contrato firmado. ¿No querrás echarte atrás? No hace falta que te recuerde que tienes mucho que perder si lo cancelas.

—No, no. Estoy bien —miento para quitarle importancia—. Es solo que acabo de llegar y ya me estás agobiando, tío.

—Desagóbiate que este sábado tienes cena con María Toledo. Te recuerdo que tiene que parecer que empezáis a salir.

—Pfff —bufo—. ¿Es necesario?

—¿Tengo que recordarte otra vez que tienes un contrato?

—...que tengo un contrato —digo encima de sus palabras—. Lo sé. De acuerdo —añado al levantarme—, pásame el teléfono de María para ver los detalles.

—Este es mi chico —me dice desde la mesa cuando ya estoy saliendo—. ¡Cuídate, machote! Esta película va a ser un exitazo, lo presiento.

—Lo será si estás tu detrás —le adulo—. Toni, una cosa más. —Me mira sorprendido al verme parado bajo el umbral—. Quizá sea la última.

—¿Pero qué dices, Chris?

Escucho su pregunta cuando ya me estoy metiendo en el ascensor y la dejo sin contestar. Quizá porque ni yo mismo conozco la respuesta.

27

NELA

Averiguar que Sarita me tenía tanto rencor desde la universidad me ha dejado descolocada. Ni me acordaba de ella, ni sabía que estaba enamorada de Eduardo y que trunqué sus planes de conquistarlo el día que lo conocí en el bar del campus, porque desde entonces no nos hemos separado.

Y qué casualidad que su hija Rebeca sea alumna de Ed en el instituto y que también esté colada por él. Debe ser cosa de familia.

Las dos, madre e hija, me odian.

Sarita estudió en el mismo instituto que yo, aunque no éramos de la misma pandilla, y coincidimos en varias clases de la universidad. Por eso tenía acceso a fotos de Fran y más de aquella época y conocía perfectamente nuestra historia. Ella también estuvo en aquel viaje de estudios que marcó el final de mi relación con Fran.

La cosa no acaba ahí. Rebeca consiguió fotos más que tenía Ed en su móvil al que accedió las noches que se acostó con él, que fueron varias, la última en Atenas. Me quedé en *shock* al escucharlo de la boca de Carlos, mi abogado. Ella lo había acosado durante todo el curso hasta que lo consiguió. Ed nunca me contó que una alumna lo perseguía con intenciones poco académicas y pienso que quizá fueron más.

La obsesión que la hija heredó de la madre las llevó a ambas a urdir este plan sin más intención que vengarse de mí, asustándome, y que Eduardo me dejara. Pensaron que Chris es tan famoso que pasaría desapercibida su acción entre todo lo que se dice de él, y que solo afectaría a mi relación de pareja, rompiéndola para dejarles el camino libre. Evidentemente no fue así. Ni se les ocurrió ocultar el origen de sus publicaciones, lo que facilitó rastrearlas, ni investigaron un poco antes de lanzar el bulo y por eso no se dieron cuenta de que para Chris no era el mejor momento si querían pasar desapercibidas en su entorno.

Se les fue de las manos y no supieron qué hacer hasta que las pillaron.

Ahora estamos en manos de los abogados hasta que se celebre un juicio al que no quiero asistir porque no va conmigo eso de salir en los medios de comunicación. Aunque con lo que ya he salido y las mentiras que se han dicho he llegado al tope y solo quiero desaparecer.

—Tenías que habérmelo dicho, Ed.

—Nela, no quería hacerte daño, gatita.

—¡No me llames gatita! ¡Lo odio! Cada vez que lo dices me dan ganas de vomitar —le increpo sin subir demasiado la voz para que la gente de la cafetería que hay debajo del despacho de nuestro abogado no nos mire.

—Perdona, nunca me has dicho que te molestaba.

—Pues ya lo sabes. Es asqueroso. Y más asco me da que te hayas acostado con una alumna. ¿En qué pensabas? ¿Y nosotros? Tenías que haberme contado lo del acoso —digo rabiosa apretando las manos bajo la mesa para cortar las ganas de gritar.

—Vale, Nela, cálmate. He metido la pata. Pero, por favor, entiéndeme. Tu siempre has sido mi lugar seguro, mi tabla de salvación, lo único que he conocido como hogar. No quería perderte por una chorrada.

—¿Chorrada? —alucino—. No querías perderme ni quererme. Reconoce que ya no éramos una pareja, Ed —le digo poniendo mi mano sobre su brazo, algo más calmada. La retiro enseguida. De un tiempo a esta parte me da aversión tocarlo. A saber con cuántas mujeres ha estado mientras me rehuía en la cama.

—No seas injusta. Sabes que te he querido más que a nadie en el mundo. No sé vivir sin ti.

—Pues tendrás que acostumbrarte porque a partir de hoy solo hablaremos a través de los abogados que nos ha asignado Carlos. Por primera vez desde que te conozco me alegro de no habernos casado. Así la separación será más sencilla.

—Me hubiera gustado otro tipo de despedida y no así —dice señalando a su alrededor con la mano—, en una cafetería *normalucha*.

Se echa hacia atrás arqueando un poco la espalda sobre el respaldo de la silla y su gesto desdice a sus palabras. No siento que esté tan afectado como yo. Probablemente hace tiempo que soy un mueble más de la casa, o una mascota que lo recibía cada tarde, lo escuchaba y le hacía compañía.

—Está claro que no éramos la pareja perfecta que creían nuestros amigos. En realidad, no existe la pareja perfecta.

—No estés triste, nena —me dice tratando de parecer afectado pero sé que disimula por la falsa creencia de que así me va a ablandar o proteger o no sé bien qué pretende. El efecto es el contrario. De pronto dudo de si esa mente tan calculadora le provoca no tener sentimientos. Una sensación de frío me recorre la espina dorsal a medida que me voy dando cuenta de la realidad en la que vivía. Un espejismo que desaparece ante mis ojos a pesar de mi esfuerzo por ver ese oasis en el que creía ser feliz; cuanto más creo que me acerco, más lejos y pequeño está hasta que desaparece ante mi vista.

Todo era falso.

Como una de esas películas románticas de Chris.

—Nela, te has quedado absorta. ¿Estás bien, gati..?

—Que no me llames así, Eduardo. Ya no somos nada. Además, te repito que nunca me ha gustado —contesto con dureza a la vez que consulto mi reloj de pulsera—. Vamos. Carlos y sus ayudantes deben de estar esperándonos ya.

Subimos al despacho para acabar de solucionar el reparto de todas las cosas que nos han unido los últimos diez años. Objetos que mantenían una relación carente de sentimientos que, esos sí, son únicos e indivisibles. Después de esta reunión espero no verlo nunca más.

Llevo tres meses separada ocupando la habitación de invitados en casa de mi hermana Candela. Mi piso me recuerda demasiado a Ed y no tengo el cuerpo para vivir allí. Debo de buscar algo para mí cuando sepa qué pasa con mi casa que he puesto en una agencia para vender o alquilar. Lo que sea cuanto antes. Mi hermana, su marido e hijos se hartarán de mí cuando pase la novedad de tener a la tía en casa.

La suerte es que mi trabajo no necesita más que una conexión a Internet y una mesa que mi cuñado me ha instalado en la habitación. Es hora de hacer un descanso y tomar algo después de tres horas sin levantar el culo de la silla preparando un presupuesto que necesita mucho detalle. No me han dado datos concretos porque es algo confidencial, una marca potente que necesita de todo para comercializar una nueva línea de negocio: desde la web y redes sociales hasta la tienda *online* con todo lo que ello conlleva. Quiero hacerlo extraordinariamente bien porque es mucho el dinero que hay en juego y ahora lo necesito más que nunca si voy a vivir solo de mi sueldo.

Salgo a la cocina donde Sally, la mujer que trabaja en casa de mi hermana, está planchando con la televisión puesta. Pongo la mano en la puerta de la nevera sin llegar a abrirla cuando mi

mirada se cruza con las imágenes del televisor. Me he quedado paralizada.

—Y ahora que habéis terminado el rodaje, ¿qué planes tenéis, tortolitos?

La pantalla me muestra a un guapísimo Chris que pasa el brazo por los hombros de su compañera María Toledo. Al escuchar la pregunta, él le da un beso tierno a ella en la sien y a mí se me revuelven las tripas y se me acelera el corazón. Esa mirada cariñosa parece tan real que sospecho si lo que me contó fue mentira y de verdad están juntos. Me quedo tan quieta observando que Sally se da cuenta.

—¡Qué guapo es! ¿Verdad, señora? Quien fuera esa chica, qué suerte tienen algunas.

—Sí —contesto a media voz porque ella sigue con su discurso.

—Y con ese polo verde oscuro que le queda tan bien. Si es que no se puede ser más guapo...

Ella sigue hablando pero yo me fijo en la ropa de Chris y en que el logo del polo no es de ninguna marca famosa. Me da la impresión de que es una N con un cactus. Me acerco a la pantalla para verlo mejor y sí, es lo que parece. Un escalofrío me recorre la espalda y un nudo se forma en la boca del estómago.

—Señora, ¿está usted bien? Se ha puesto blanca. Venga, siéntese aquí.

Sally me hace una tila que me caldea el cuerpo y me templó el ánimo. Cree que ha sido por la regla y no lo desmiento porque no es momento, ni lugar, ni la persona ideal para que le cuente la verdad de mi indisposición, como lo ha nombrado ella.

Me retiro de nuevo a la habitación con la excusa de trabajar y la intención de rastrear la información actual que hay en Internet sobre Chris. Algo que me he negado a hacer desde nuestra despedida en la playa y que ahora me urge. Veo videos y fotos tuyas del último mes y en todas lleva ropa con ese logo. Una N y un cactus no puede ser casualidad. ¿Quiere decirme algo o soy yo ahora la que se monta películas?

28

CHRIS

Han sido meses muy locos con una presión en el pecho que me ha acompañado cada día hasta el punto de acudir al médico por si tenía alguna enfermedad cardíaca.

—Mal de amores —diagnóstica mi amigo Seve, el cardiólogo de mi padre y hombre de total confianza.

—Venga, no me vengas con chorradas.

—Amigo, no tienes nada —se carcajea—; nada en lo que yo te pueda ayudar. O resuelves tus historias solo o vas a un psicólogo. Médicamente estás sano y fuerte como un roble. Tú verás. Aunque, por tu respuesta intuyo que mi broma ha dado en el clavo.

—¡Vaya médico más pendejo que tengo! Tendré que buscarme a uno bueno —bromeo.

Recuerdo la anécdota mientras decido qué meto en la maleta. Me he ganado estas vacaciones ahora que ya hemos terminado el rodaje de la película. Toni está convencido de que va a ser un éxito que volverá a llenar sus bolsillos y los de la productora. El supuesto noviazgo con María Toledo está a punto de terminar. Solo nos han pedido unas fotos como si las vacaciones de diciembre las fuéramos a pasar juntos, motivo por el que hago escala en Ibiza con ella antes de mi destino final, y que hagamos el paripé en Navidad. Para enero, después del estreno, estaré libre de compromisos porque no tengo firmado ningún contrato más. Y así será una temporada hasta que analice mis opciones de futuro y decida qué camino seguir.

Estoy deseando que llegue ese momento para volver a ver a Nela. Todavía no sé cómo lo voy a hacer. Solo mi abogado tiene sus datos actuales y no me los puede dar porque la ley se lo impide. Mientras se me ocurre cómo y cuándo contactar con ella, he ideado una forma de decirle que la echo de menos a través de mi ropa. Le pedí a Sam que me diseñara un logo de un cactus y dos enes unidas y lo transformé en una especie de escudo que he cosido a todas mis camisas, polos y camisetas; hasta me encargué una gorra con el logo que llevo siempre puesta. Aunque existe la posibilidad de que Nela no quiera verme ni en pintura, es probable que se encuentre con mi foto en algún anuncio, o en las típicas revistas de las salas de espera. Ojalá me vea y entienda lo que quiero transmitirle.

Lo que no esperaba es que mi ropa tuviera tanto éxito, lo que hace ser el actor de moda, y que me pregunten por todas partes qué marca es y dónde se vende.

Actor de moda.

Me quedan semanas para dejar de serlo. Deseo con todas mis fuerzas que nadie me pregunte más sobre mis novias, mis proyectos, mi familia o la marca de mi ropa. Quiero pasar desapercibido al menos una temporada como los días de La Caleta en los que volví a ser Fran. Nela y FraN: dos N unidas por un cactus. Ese es mi logo y mi motivación.

Las épocas de promoción de una película son duras porque nos hacen ir a muchas presentaciones, estrenos, entrevistas en varios medios, festivales, encuentros con la crítica... Es cansado sobre todo porque la mayoría son actos nocturnos a los que tenemos que ir María y yo como si fuéramos pareja y, al mismo tiempo, debemos estar con buena cara para las entrevistas que sean a la luz del día. Todo eso sin dejar nuestra vida privada si tienes familia, hacer deporte,

comer sano y, por supuesto, descansar.

Aun así, como no estoy preparándome para ningún papel, he conseguido sacar tiempo para desarrollar nuevos proyectos al margen de mi trabajo como actor. Samanta me ayuda con sus ideas y sus contactos sin que Toni se entere. La bronca que me espera cuando se lo contemos va a ser memorable, sobre todo porque se considera mi mejor amigo y no le he dicho nada todavía. Ya llegará el momento.

Cuando tengo terminado el equipaje le doy un último vistazo a mi ático madrileño para revisar que no me dejo nada, escribo una nota que meto en un sobre con dinero para Vicenta, la mujer que me cuida la casa, y me despido por unos días. Por fin me voy de vacaciones, en pleno mes de enero, sin nada más que hacer que lo que me dé la gana desde que me levante hasta que me acueste. A ver si la calma que pretendo encontrar me ayuda a acabar de definir mis proyectos y mi futuro inmediato. A Toni le informaré una vez que me asiente en mi destino.

29

NELA

Justo antes de Navidad mi abogado me informó de que Eduardo quería proponerme un trato: intercambiar su apartamento en La Caleta por mi piso en la ciudad. Por lo visto no encontraba dónde vivir en el barrio por un precio que pudiera pagar y mi casa está cerca del instituto. A él le daban igual los recuerdos que construimos en esa vivienda; sin embargo le molestaban los que aún tenía del día que me encontró bailando con Chris en el apartamento de la playa.

A mí me pasaba lo contrario, así que acepté de inmediato. Además, con mi trabajo me puedo permitir vivir fuera de la ciudad como una nómada digital tan de moda. Me sentía muy bien con la decisión que coincidió con que se quedaba vacío un estudio en el edificio de mi hermana y lo alquilé. El dueño me pidió unos días para reformar el baño y la cocina, lo que me ilusionó aún más al poder estrenar parte de la minúscula vivienda. He decidido vivir entre los dos apartamentos sin tener que pedir favores a nadie de la familia.

Le prometí a Candela que me iría para navidades y así dejarles pasar las vacaciones en familia sin tenerme por enmedio y así lo hice. El día uno de enero volví a La Caleta donde llevo ya una semana disfrutando de la soledad, del sol del invierno y de las plantas a las que cada vez soy más aficionada, sobre todo a los cactus que tanto significan ahora para mí.

No solo la jardinería es mi nuevo pasatiempo, también me he hecho adicta a las siestas de sofá y manta con un buen libro, mi té caliente y vistas al mar. He cambiado casi todos los muebles y su disposición de forma que el sofá ahora está orientado hacia la terraza y la habitación de matrimonio se ha convertido en mi despacho en el que no falta una gran mesa junto al ventanal. Es una maravilla levantar la vista del ordenador y descansar la mirada en la gran masa de agua azul que se abre ante mis ojos.

Un ruido me despierta de la siesta. Lo primero que compruebo es que el libro, cuya caída al suelo suele ser mi despertador más habitual, sigue sobre mi regazo. Me quedo quieta en alerta con algo de miedo. Candela me insiste en que me compre un perro pero yo creo que no hace falta. Con los cierres de seguridad de la puerta y el portero siempre disponible, no tengo nada que temer.

Escucho más ruidos que vienen, sin ninguna duda, del apartamento de al lado. Me recuesto sobre el sofá más tranquila. Ya es una suerte haberlo alquilado en pleno mes de enero y no me vendrá mal un poco de compañía aunque no los llegue a conocer. Saber que hay alguien ahí es tranquilizador. Sonrío al darme cuenta de que ya no soy tan miedica. ¿Quién o quiénes serán? Probablemente jubilados porque en esta época es raro querer pasar una temporada en la playa cuando ya los niños han vuelto al cole, porque hace unos días, cuando aún eran vacaciones, se veían familias por la urbanización.

Lo más extraño de todo es que Antonia no haya subido a limpiar y que no me lo haya contado en nuestras breves charlas cuando hace su ronda por la escalera.

Sigo leyendo ajena a lo que pase al lado antes de ponerme a trabajar. Cuando acabo el capítulo y levanto la mirada del libro me doy cuenta de que ya no hay ruidos. Han debido salir y no me he enterado. Estiro la espalda antes de levantarme del sofá, me envuelvo en la manta y salgo a la terraza a respirar aire puro y llenarme de energía para la tarde de trabajo que me espera.

Me apoyo en la barandilla, con los ojos cerrados, aspirando el aroma a salitre, pinos y

murcianas. Respiro con calma varias veces y ya voy a abrir los ojos cuando siento una sombra sobre mí, como si una nube tapara el sol. Doy un respingo al darme cuenta de que no es ninguna nube, sino la silueta de alguien que debe estar a mi lado en la terraza de al lado. Pero al levantar la vista, no veo a nadie.

—¡Qué raro! —digo en voz alta—. Se habrán cortado al verme.

Me doy la vuelta y, sin querer, doy una patada a una pequeña maceta que estaba en el suelo. Juraría que antes no había nada. El corazón me late frenético cuando, al cogerla, descubro que es un cactus con una nota incrustada en la tierra. Miro a mi alrededor, me asomo a la terraza contigua y registro el jardín de la urbanización. No hay nadie.

Regreso a mi sofá, cierro la terraza y me siento a leer después de respirar profundamente para calmar mi corazón que siento a punto de salirse del pecho.

«Cenamos a las ocho.

Te echo de menos. F.

O, si no puedes esperar (como yo)

nos vemos ahora en nuestro rincón».

Claro que no puedo aguantar hasta la cena. Estoy taquicárdica y tal como he entrado, vuelvo a salir, envuelta en la manta del sofá, para sentarme junto a la medianera que separa las dos terrazas donde él ya me espera.

—Sabía que vendrías ya.

Su sonrisa, amplia y sincera, me recibe como si nos hubiéramos visto hace un rato, y yo tengo que atar fuerte todo lo que siento para no lanzarme a borrarla con un beso. De la profundidad de su mirada sale una luz apremiante, de anhelo y esperanza que me turba y me hace mirar hacia otro lado.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—No lo sabía. Lo único que conseguí sacarle a mi abogado es que te habías quedado con el apartamento y aquí estoy, echando a suerte el resto de mi vida.

Me giro para enfrentarlo una vez que tengo más calma.

—No entiendo qué quieres decir.

—Cosas mías —añade acercándose más a mí. Mete la mano por el hueco hasta alcanzar mi pierna tapada por la manta. Me acaricia con el dedo pulgar sin dejar de mirarme a los ojos y yo siento que me sobra todo a pesar del frío de enero. Nuestras respiraciones empiezan a acompasarse en el silencio denso que nos rodea y nuestras bocas se rozan levemente. El espacio no permite más que tocarnos con la nariz.

—Lo primero que vamos a hacer es tirar este tabique, ¿qué te parece? —susurra contra mi boca.

—Eso será si los dueños te dejan.

—El dueño lo está deseando.

—¡¿Qué?! —grito sorprendida—. ¿No habrás...?

—Sí, vecina. ¿Me harías el honor de inaugurarlo conmigo? Tengo croquetas.

—Manuela Murray nunca dice que no a unas croquetas. Abre la puerta que voy.

EPILOGO

NELA

En mi decálogo de subsistencia tengo cinco certezas básicas (las otras cinco no vienen al caso ahora):

- Nunca hay que decir que no a unas croquetas.
- No subestimar el poder de una cactus.
- Un para siempre no tiene porque durar toda la vida.
- La perfección no existe.
- Una mentira puede devolverte a la verdad.

Como así ha sido con Fran y conmigo. Una mentira que rompió mi mundo por la mitad descubriendo que las raíces que me mantenían arraigada a la vida no eran tales. Confundí estabilidad y perfección con rutina y comodidad. La vida parecía fácil y no era consciente de todo lo que me perdía, porque ahora es maravillosa. Ahora sí que me siento viva, con un fuego interior que me ha llevado a ponerme en el centro y dejar de cumplir las expectativas de los demás, a complacer a otros antes que a mí, a valorar mis deseos y necesidades tanto como los del otro y, sobre todo, a mostrarme como soy.

Fran dice lo mismo. Ha soltado a Chris, un personaje que lo mantenía encorsetado. Ha sido duro para él porque la interpretación es su vida, lo que más le gusta del mundo (después de mí, dice), pero soltar a Chris no significa dejar el mundo del cine.

Después de un año sabático, está empezando de cero, con papeles diferentes que son un reto para él ya que se trata de personajes con más profundidad. El *guaperas* ligón ha dejado paso a un Fran más maduro, igual de divertido y tan pasional como el que me visitaba en mis sueños eróticos.

Hemos unido los dos apartamentos y hemos habilitado una zona para nuestra empresa: la línea de ropa y complementos *Doble N* de Nela y FraN, cuyo símbolo es un cactus. El presupuesto que me pidieron con tanto hermetismo era para esta empresa. Fue una sorpresa cuando me lo confesó y, aunque me enfadé al principio, lo perdoné tras convencerme con una noche de reconciliación que ni en las mejores películas.

Gracias a su fama y a que es el modelo perfecto estamos vendiendo muchísimo. La modelo femenina es la actriz María Toledo, gran amiga nuestra y pareja de Sam, que también colabora como externa.

De Eduardo no he vuelto a saber nada más después del juicio. En nuestro país la suplantación de identidad está penada con un mínimo de seis meses de prisión pero no he querido conocer la sentencia contra Sarita y su hija. Salí del Juzgado con la firme promesa de olvidarme de ellas hasta el punto de desinstalar las redes sociales para no mirarlas. Las de la empresa las lleva Samantha y ella se encarga de que estén limpias.

—Ya estoy aquí —anuncia Fran al que llevo un rato esperando en la playa.

Hemos bajado para ver el atardecer cerca de las rocas. Nada más llegar me ha dicho que se había olvidado de algo y ha vuelto al apartamento. Se tumba a mi lado sobre la manta extendida en la arena y cogidos de la mano nos quedamos mirando al cielo que se oscurece poco a poco.

Sin hablar, extiende otra manta sobre nosotros diciendo «esto es para que no te dé vergüenza» y se pone de medio lado sonriendo al ver mi cara de incomprensión. Lo entiendo enseguida cuando siento su caricia debajo de mi camiseta, bordeando el sujetador que levanta para acariciar el pezón. Me besa en el cuello mientras baja la mano hacia mi centro iniciando un juego que me hace volar. Me siento ingrátida, a pesar de tener su cuerpo sobre el mío, como si juntos voláramos por encima del mar ajeno a nuestro propio oleaje que convierte la mayor de las tormentas en ríos de placer.

Al tenerlo sobre mí y recordar cuantas veces lo he soñado, me doy cuenta de que nunca nos hemos separado. Nuestra alma se mantenían unidas por las veces que nos hemos pensado, aunque fuera en sueños, y por un hilo invisible que unía nuestros corazones. Porque nunca nos hemos dejado de querer. Tras el instituto cada uno se vistió con un personaje y vivió en una mentira cómoda hasta que, curiosamente, otra mentira mayor nos volvió a unir. La ley de los opuestos dice que no hay blanco sin negro, que no hay tristeza sin felicidad, porque la vida está hecha de contrastes. Pienso entonces que no hay mentira sin verdad.

Hace rato que ha anochecido. Nuestros cuerpos descansan unidos bajo las estrellas, las que brillan de verdad, libres y felices porque hemos descubierto la belleza que se esconde tras las espinas de la mentira.

Somos como los cactus que no se dejan vencer y florecen, año tras año, a pesar de las circunstancias.

Desde ese mes de junio en la playa de La Caleta, Fran me regala un pequeño cactus con una nota sin necesidad de que sea una ocasión especial. Hay uno, el primero que me regaló, que tengo siempre junto al ordenador. Tiene una tarjeta incrustada con esta frase:

«Y te elegiría a ti; en cien vidas, en cien mundos,
en cualquier versión de la realidad.
Te encontraría y te elegiría a ti».
Kiersten White
El caos de las estrellas

FIN

Gracias por llegar hasta aquí.

Si te ha gustado, que espero que sí, te agradecería que dejaras tu reseña en Amazon o en tus redes sociales para que más gente pueda disfrutar de esta novela.

Puedes seguir leyendo mis historias que te presento por si no las conoces:

Títulos publicados por Diana de Brea:

La serie Amor a la italiana:

Il mio cuore

La mia passione

La colección de relatos Amor Infinito junto a Carlota Martinelli

La serie Romance en Escocia con cuatro novelas:

Otoño en Escocia

Invierno en Escocia

Primavera en Escocia

Verano en Escocia

La novela Mereces un amor

Visita mi página de autora en Amazon para acceder a todas ellas:

<https://amzn.to/3NdLjIm>

O descárgalos de este QR:



AGRADECIMIENTOS

Es muy posible que ya reconozcas nombres en este apartado si no es la primera vez que me lees. Y es que soy leal a las personas con las que colaboro, cuando se hace desde el corazón y el compromiso es mutuo.

Empiezo por la prosa que me ayudó a darle un vuelco a mi carrera y reconocirme como escritora: José de la Rosa que con el Master del Escritor Profesional contribuyó, a veces sin ser consciente de ello, a darle la vuelta al calcetín. Llevo años escribiendo y nunca me lo había planteado como la profesión más bonita que podía tener. Cambiar mi mente respeto a la escritura se lo debo a él.

Ese cambio no ha sido en solitario. Junto a él hay muchas otras personas que contribuyen cada día a que mejore y mis novelas salgan adelante, como mis compañeras Paola C. Alvarez, Laila R. Monge (lectora cero), Izaskun Albéniz, Sarah Valentine (lectora cero), Nessa McDubth, Pilar N. Colorado (lectora cero) y el grupo Nanomágicas que empiezan el día escribiendo e iluminan las mañanas. El trabajo de escritura no es tan solitario cuando tanta gente se apoya mutuamente aún en la distancia. Y gracias a Adela Aragón (y a Desi Ruíz por presentármela), autora de una ilustración tan acertada y bonita.

Gracias a mi familia que creen que me he vuelto loca cuando me ven murmurando por la casa o investigo sobre temas que no se esperan. Porque las novelas no solo se escriben cuando se teclea al ordenador.

El gracias con mayúsculas para ti que me lees.

Con amor,

DdB

Sobre la autora

Diana de Brea es un autora española de novela y relatos románticos y feelgood cuyo mayor disfrute es la lectura, afición que ha cultivado desde pequeña junto a la escritura. De imaginación desbordante, le encanta inventar vidas y buscar lugares en los que sus personajes puedan desarrollarlas.

Madre de familia, amante del mar y el buen comer, su filosofía de vida se refleja en cada página.

En redes la encontraras en Instagram:

https://www.instagram.com/diana_de_brea/



@DianadeBrea 2023